La Ilustración Artística

Año XI — Barcelona 29 de febrero de 1892 — Núm. 531

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



BAILE DE CORTE, cuadro de D. Manuel Domínguez

Propiedad del Sr. Marqués de Pinar del Río

SUMARIO

Texto. - *Una nueva ¿ciencia? (La grafología)*, por Emilia Pardo Bazán. - *La gran guerra de* 1892 (continuación). - *El historiador alemán Juan Janssen y otros muertos ilustres*, por Juan Fastenrath. - *Nuestros grabados*. - *Hierba Buena* (continuación), novela original por Bret Harte. - SECCIÓN CIENTÍFICA: *Armando de Quatrefages*, por G. Tissandier. - *Física recreativa. El blanco humano*, por Alber.

Grabados. - *Baile de Corte*, cuadro de D. Manuel Domínguez. - *Monumento erigido á la memoria de Breidel y Coninck, en Brujas*. - *La gran guerra de* 1892: Las tropas inglesas en la *Place Verte* de Amberes; El yate *Elaine* es echado á pique. - *Una parisiense*, cuadro de D. Santiago Rusiñol. - *Salón Parés*, Varios cuadros de Casas y Rusiñol, y dos esculturas de Clarassó. - *Para dos perdices... uno*, cuadro de D. Salvador Viniegra. - *Armando de Quatrefages*, eminente naturalista francés. - Ejercicio japonés de los cuchillos. - *Instituto de 2.ª enseñanza y escuela de Bellas Artes de la Coruña*, fundado por D. Eusebio da Guarda.

UNA NUEVA ¿CIENCIA?

(LA GRAFOLOGIA)

No hace muchos días que recibí de París un librito, con cubierta rosa, que se titula así (traduzco, pues el título está en francés, como el libro todo): «La grafología simplificada; arte de conocer el carácter de las personas por su letra; teoría y práctica.» ¡Tate!, pensé yo: aquí debe de andar la manita pulcra de mi amiga Sara Oquendo. Deletreé el nombre del autor, *Arsène Aruss*... ¡Ciertos son los toros! Reconozco el seudónimo de la distinguida colaboradora del *Fígaro* y del *Temps*... Y aunque sé que *Arsène Aruss* no tiene edad de chochear ni mucho menos, exclamo: «Lo que es ella no, pero París me temo que va chocheando de veras.»

¿Qué es la grafología, en efecto? Un síntoma senil, á la vez que pueril (los niños y los viejos se parecen).

Anda París ahora muy entregado á la superstición; y esto de la grafología, aunque disfrazado de observación científica, me huele á quiromancia. Explicaré de qué se trata, y el lector juzgará. Y en prueba de imparcialidad absoluta, comenzaré por repetir los argumentos que en favor de la supuesta ciencia aduce su expositora. «Todo ademán es un delator, dice *Arsène;* todo ademán denuncia algo, toda mímica humana revela una personalidad, y ya que la ciencia antropológica ahonda cada vez más en el estudio del hombre, la grafología la servirá de auxiliar poderoso. Porque el carácter de letra no es, como piensan algunos, una serie de trazos inertes y convencionales. ¿Quién creerá que la mano, órgano tan diestro, que traduce el espíritu (lo mismo que los ojos, la boca y las orejas), instrumento apto para todo oficio, todo arte, no imprima á su ejercicio más frecuente - el de escribir - la expresión íntima del alma que la rige? ¿Por qué, á despecho de sus irracionales detractores, no ha de contarse la grafología en el número de las ciencias exactas?»

Porque... porque lo primero que necesita una ciencia exacta es exactitud, y en la grafología no la veo. *Arsène* dice bien: «El carácter de letra encierra revelaciones íntimas;» sólo que esto es aplicable á otras manifestaciones humanas que no pueden reducirse tampoco á cuerpo de ciencia. Balzac, tan profundo observador, tan sutil analizador, extraía un mundo de revelaciones de la forma del traje, del modo de andar, de la figura, del mobiliario... El carácter se revela en los más mínimos detalles: todo habla: no son sólo indiscretos los ademanes, sino que lo es el calzado, el peinado, las paredes de una casa, la cama en que dormimos y el mantel que cubre nuestra mesa... Poseo un librito, comprado en baratillo, publicado en 1832 en Barcelona, y traducido del francés, que luce el inconmensurable título siguiente: «Arte de ponerse la corbata de mil y una maneras, ó distintos modos de llevar el pañuelo en el cuello, demostrado y enseñado en 18 lecciones: precedido de la historia de la corbata desde su origen hasta el día, y varias consideraciones sobre el uso de los *corbatines* y de la *corbata negra* y de *color:* obra indispensable á toda clase de personas.» Lo primero que encuentro en este original tratadillo es el siguiente párrafo: «La corbata no sólo es un preservativo útil contra los resfriados, torticolis, fluxiones, dolor de muelas y otras gracietas por este estilo, sino que es además una parte esencial y precisa del vestido, *cuyas variadas formas dan á conocer al que la lleva*. La corbata del sabio en nada se parece á la de un pedante; y estoy cierto que el autor de *La pata de cabra* no hace el nudo de la suya como el autor de *Los mártires*. Compárense las corbatas de un historiador y un novelista, y se hallará una notable diferencia entre el estilo romántico y el clásico. Si, como dijo Buffon, el estilo hace el hombre, nosotros á nuestra vez podremos decir que la corbata es el hombre mismo, es el termómetro que gradúa su gusto por la elegancia y educación. Siendo infinita la variedad de los talentos y de los caracteres, las corbatas deben ser igualmente muy variadas.» Ya ven ustedes cómo las pretensiones científico-filosófico-reveladoras son más viejas que la grafología; aun cuando yo me inclino á creer que el autor del librito era un zumbón de más de la marca, mientras los grafólogos anuncian con toda seriedad su Evangelio.

Ya son numerosos los adeptos, pues *Arsène* no es precursor, ni Mesías, sino un apóstol encargado de



Monumento erigido á la memoria de Breidel y Coninck, en Brujas. Obra del escultor P. de Vigne

vulgarizar y poner al alcance de todas las fortunas lo que antes era patrimonio de unos cuantos iniciados solamente. En el ensayo de bibliografía grafológica que aparece al final del tomo, contamos nada menos que treinta y una obras, entre tratados y opúsculos: lo cual hace erizar los cabellos, porque si de la grafología se ha escrito tanto, ¡qué no se habrá escrito de otras materias, y qué vale lo que podemos leer al lado de lo que nos moriremos sin siquiera haber oído nombrar!

Del susodicho índice bibliográfico resulta que el inventor de la ciencia grafológica es un abate, como dicen en Francia, ó un cura como acá decimos, de apellido Michon. Sin embargo, la vulgarizadora de la grafología no concede todo el mérito de la invención al cura, y únicamente le reconoce el de «haber reunido los dispersos elementos científicos, detallándolos, comparándolos, clasificándolos, para formar cuerpo de doctrina, que cada día se concretará más, abriendo á la antropología campo vastísimo.» Sólo que así los tratados del cura Michon como los restantes publicados hasta el día por Crépieux Jamin, Alejandro Dubois, etc., son obras latas, buenas sólo para los ya iniciados, y de las cuales el profano nada ó casi nada sacará en limpio: además parece que están escritas en una jerga especial, y á cada paso saltan frases y términos de este jaez: «palabras gladioladas... barras harponíferas... mayúsculas porriformes... rúbrica aracnoidea...» A expresar con claridad lo que tan obscuro dejaran los precedentes grafólogos se endereza el libro de la señorita *Arsène*, la cual es una creyente; tiene robustísima fe, no diré ciega, ilustrada. En su opinión, la grafología nos descubre el carácter humano sin velos, en su desnudez: la letra, más aún que la fisonomía, habla, y puede servirnos de arma defensiva; y en nuestra época de problemas, degeneraciones y cobardías al menudeo, la grafología sabrá preservarnos de mil riesgos, ya que no de todos. - Tampoco en esta apreciación histórica me encuentro conforme con mi amiga. Esta época me parece á mí que es lo mismo, sobre poco más ó menos, que las anteriores, en cuanto á moralidad del carácter humano. Hasta sostendría que es mejor; en fin, transíjase el pleito declarando que es igual. - De todas suertes, antes y ahora no negaré que conviene algún escudo contra las picardías de nuestros semejantes. Ya hace tiempo que se formuló aquel célebre aforismo: *homo homini lupus*. Todo cordero indefenso será comido. ¿Lo podrá remediar la grafología, siquiera en mínima parte?

Si yo creyese que eran tan claras y evidentes las delaciones de la letra, no diría que no. ¡Ahí sería un grano de anís sorprender, en dos fragmentos de cartas, el alma de una persona, descubriendo si peca de vanidosa, de extravagante, de vulgar, de cándida, de impresionable; si está loca, si padece melancolía, si profesa el pesimismo, si da en disimulada, en astuta, en desconfiada; si hay que contarla entre los *imaginativos puros* ó entre los *imaginativos reflexivos;* si profesa el idealismo, si enriquecerá la lista de los inventores ó de los innovadores; si es innoble y lasciva, ó solamente galanteadora y sensual; por último, si puede llegar hasta el asesinato! ¿Qué más? Hasta la golosina y el *respeto á las amistades contraídas en la infancia* se conocen con la letra... y yo recuerdo involuntariamente la conocida anécdota del famoso bailarín que juraba á Fernando VII poderse expresar todo con las piruetas: «Pues signifícame bailando, contestó el rey, que tienes que esperar á un primo tuyo que llega por la diligencia de Ocaña, y que te es imposible por encontrarte con dolor de muelas rabioso.»

Cierto que en el libro de *Arsène*, á cada indicación moral acompañan curiosos ejemplos, buscados con sumo ingenio y habilidad. Sin embargo, como el análisis lo echa todo á perder, hasta en esos mismos ejemplos hallo motivos para mostrarme reservada, casi escéptica. En efecto: los ejemplos se toman generalmente de la letra de personas muy conocidas, y cuyo carácter (ó la leyenda de ese carácter) es ya del dominio público. Figurémonos que en España se publicase un tratado grafológico y debajo de unos renglones de Sagasta ó de Cánovas apareciese el juicio que todos tienen formado de esos hombres políticos... Sin necesidad de recurrir á la grafología, pensaríamos en el gañán que decía al pilluelo: «Si adivinas cuántas tortas llevo en el canasto, te doy todas cinco.»

Ved las letras literarias que aparecen como ejemplo en el manual de grafología. Ahí tenéis la firma y rúbrica de Barbey d' Aurevilly, presentada como ejemplo de refinamiento y afectación; las de Arsène Houssaye y Gyp, de vanidad y deseo de sorprender y aparentar; la de Julieta Lamber, ó sea madama Adam, de habilidad y mundología; la de Chateaubriand (son unos garrapatos), de idealismo, y otro tanto la de Francisco Coppée; la de Bismarck, de dureza y espíritu autoritario; la de Zola, de sinceridad; del sentido estético la de José María de Heredia, de ambición la de Julio Vallés, de intrepidez la de Pablo Déroulède, y de crítica la de Renán, y de ferocidad la de Marat, y de sensualidad las de Casanova y Mirabeau. Pues para ponerles á cada uno de estos su rotulito, maldita la falta que nos hacía la firma. Adivinaciones *á posteriori* no me persuaden. - Hablaba yo cierto día con un amigo muy sensato, y se trataba de filosofía de la historia, de esos libros en que, al referir sucesos pasados, se añaden reflexiones muy doctas, verbigracia: «Dada la corrupción del imperio romano, tenían que venir los bárbaros á su hora; y dado el carácter de tal ó cual emperador, tenía que sucederle esto, y lo otro, y lo de más allá...» «Quisiera - declaró mi interlocutor - que estos historiadores filosóficos predijesen con certeza, no lo *ya ocurrido*, sino lo que *tiene que ocurrir* dentro de un año, ó de medio, ó de quince días. Dada nuestra corrupción, y dado todo lo que gusten, y conociendo mejor, naturalmente, nuestra época que las pasadas, averigüen cuánto durará Cánovas en el poder, y el cáriz que presentará hasta enero de 93 la cuestión social.»

No se enoje la grafóloga por estas apreciaciones, que ni van contra el encanto é interés de su librito, ni menos contra la autora, señorita de tanto valer intelectual como moral, á quien muy de veras estimo y quiero. En resolución, es gran fortuna para los que escribimos que todo sea conjetural y problemático en la ciencia grafológica. Si fuese evidente y clara como el agua, habría que condenar al fuego las obras de Iturzaeta y Torío, y volver á la escritura jeroglífica. ¡Cualquiera entrega en dos renglones la llave del alma! Y cuenta que los escritores estamos habituados á entregarla, pero... en páginas impresas.

EMILIA PARDO BAZÁN



UN PRONÓSTICO

En la siguiente narración se trata de hacer un pronóstico del curso de los acontecimientos preliminares é incidentales de la gran guerra que en opinión de las más reconocidas autoridades en la milicia y en la política estallará probablemente en 1892.

Los autores de este trabajo, que pasan por entendidos en la política internacional y la estrategia, suponen para el conflicto el origen más verosímil y describen las campañas y actos políticos que en su concepto deben esperarse como más probables.

De este modo darán á su obra el carácter de verosimilitud y actualidad de la verdadera guerra.

EL EJÉRCITO ALEMÁN RECHAZADO

(Por telegrama de nuestro corresponsal particular.)

Alexandrovo, 5 mayo (7 tarde)

Nuestra primera gran victoria sobre los rusos ha perdido algo de su importancia por las noticias que acabamos de recibir, según las cuales el ejército de Silesia, que había comenzado á explorar los alrededores de Czenstochau antes de proseguir avanzando más, ha sufrido un descalabro algo serio de manos del gran duque Vladimiro, que mandaba los 14.° y 15.° cuerpos de ejército rusos. Estas fuerzas atacaron al príncipe Jorge de Sajonia antes de que terminara su concentración, obligándole á retroceder.

Sin embargo, al tener conocimiento de la derrota de Gourko y de su retirada sobre Varsovia, el gran duque Vladimiro, imitando al victorioso Wéllington en Quatre-Bras, cuando quiso reunirse con Blucher, derrotado por los franceses en Ligny, resolvió renunciar á los inmediatos frutos de su victoria y retirarse á un punto que le permitiera incorporarse á las fuerzas de Gourko y presentar en combinación con éste la batalla á los alemanes. El lugar del combate será probablemente Skierniwiece, punto de confluencia de las líneas férreas desde Alexandrovo y Czenstochau á Varsovia, famoso en la historia moderna por haberse encontrado allí los tres emperadores y sus cancilleres hace algunos años.

Skierniwiece será, pues, probablemente el Waterloo de la campaña ruso-prusiana; pero dista mucho más de Alexandrovo y Czenstochau que Quatre-Bras y Ligny del Monte San Juan, y por lo tanto debe pasar algún tiempo antes de que me sea posible dar cuenta del Waterloo de la presente guerra.

EXCITACIÓN EN BRUSELAS

(Por telegrama de nuestro corresponsal particular.)

Bruselas, 5 mayo

En Bruselas se observa hoy la mayor efervescencia; á la ansiedad ha seguido la cólera, y el aspecto de la población no presagia nada de bueno. La noticia de la próxima ocupación de Amberes por un cuerpo de ejército inglés ha sido recibida aquí con poca satisfacción. El mero hecho de que las negociaciones fuesen secretas y de que el anuncio de tan importante acuerdo no se hiciera público hasta después del último debate de la Cámara de los Comunes, ha producido muy mal efecto. Cuando la noticia llegó ayer á Bruselas, notóse desde luego la mayor agitación, la cual fué en aumento á medida que avanzaba la noche, tanto que, como por convenio tácito, nadie quiso entregarse al reposo; los clubs y cafés permanecieron abiertos hasta por la mañana, y en las principales calles no tenían término las discusiones, muy acaloradas algunas de ellas. Una gran parte de la población, en la cual figuraban personas de la clase más elevada, mostrábase indignada contra el gobierno del rey. «No es extraño, decían algunos, que se haya guardado secreto sobre la medida, pues de otro modo no hubiéramos permitido tan infame tráfico.» Los antiguos argumentos que se alegaban en 1859 y en los cinco ó seis años siguientes fueron recordados en todos los grupos, y citábase de continuo el nombre de Adelson Castian. «¡Bien nos lo dijo Castian, exclamaban algunos; preveía lo que iba á suceder y nosotros fuimos unos tontos en no escucharle!» Hay que decir que M. Adelson Castian, á quien se considera ahora como héroe y patriota, era un eminente abogado y ex diputado y que desde un principio se opuso tenazmente al proyecto de fortificar Amberes. Desde el día en que, en 1859, se nombró una comisión de veintisiete oficiales para discutir el asunto, hasta aquel en que se completaron las inmensas obras, hace unos seis años, M. Castian combatió con todas sus fuerzas el proyecto: habló, escribió, organizó comités y púsose al frente de varias diputaciones para protestar contra el plan. Como principal argumento demostraba que desde el punto de vista militar el proyecto suponía en principio el abandono del país y una vergonzosa fuga del ejército hacia los pantanos del Escalda, donde seguramente nadie iría á molestarle, dejándole allí para que las fiebres acabaran con él. Fortificar Amberes, dijo más tarde, era anular la neutralidad; demostró que aquella ciudad, con sus cuarenta kilómetros de obras defensivas, su ciudadela y sus doce fuertes destacados, parecía invitar continuamente á la invasión; que estaba á mano para el primero que llegase, y que constituía una de las primeras posiciones militares y comerciales del mundo, solamente para el beneficio de Inglaterra, que codiciaba Amberes hacía más de un siglo.

Hoy día, el buen pueblo de Bruselas, y temo que de toda Bélgica, recuerda estas palabras y participa de la opinión de Castian. Esta es la causa de las iras y de las cóleras que se han despertado al recibirse noticia de la próxima ocupación.

Bruselas, 7 mayo (10 mañana)

Acabo de oir que el cuerpo de ejército inglés al mando de Sir Evelyn Wood acaba de llegar á Amberes, y que el desembarco se efectúa rápidamente. Hasta que los transportes, con su escolta de cruceros y torpederos, aparecieron en el río, el pueblo no creyó al parecer que viniesen. Los oradores de los clubs dijeron en alta voz que el viento de la opinión pública bastaría para ahuyentar á los buques ingleses de las orillas del Escalda; pero el absurdo de semejante especie se demuestra por el hecho de que los buenos ciudadanos de Amberes han recibido á los invasores, si no con entusiasmo, al menos agradablemente. Los telegramas de los clubs hacen amargos comentarios sobre el hecho de que, en vez de manifestar resentimiento hacia los ingleses, los habitantes se apresuraran á comerciar con ellos, vendiéndoles sus refrescos y víveres á porfía.

Ahora se convierte en funesta certidumbre el temor que siempre abrigábamos de que Francia intentase invadir Bélgica; de modo que tenemos en perspectiva otro Waterloo. ¿Por qué han retardado las tropas alemanas sus movimientos? Se ha repetido una y otra vez por los estratégicos que el plan más obvio de Alemania sería concentrar su cuerpo de ejército del Norte en la frontera belga de Francia, porque así tendría la ventaja de servirse de las dos líneas férreas que desde Colonia y Aquisgrán se dirigen al Luxemburgo, Thionville y Virton, una por Trevisa y la otra por Verviers, pudiéndose obtener por ella más importantes resultados aún si se combinara con el movimiento la posesión de la línea del Mosa. Entonces, haciendo desembarcar una parte de sus fuerzas en el Entre-Sambre-y-Mosa por Chimay, los alemanes podían atacar de flanco las fuerzas francesas ocupadas en impedir que el cuerpo de ejército del Norte forzara el paso del Mosa entre Dun y Mezieres. Siempre se consideró cierto que en vez de violar el territorio suizo para atacar á Francia, Alemania enviaría un cuerpo de ejército á Bélgica inmediatamente después de la declaración de guerra. Suponíase que el primer cuerpo de ejército alemán se concentraría en Aquisgrán á los once días de la movilización y que se establecería sobre el Mosa y el Sambre, al Sur de Namur, en la noche del décimoquinto día, es decir, veinticuatro horas después de haberse desplegado el segundo cuerpo de ejército delante de la posición de Othain.

Esta era indudablemente la intención de Alemania, pues en la frontera oriental se concentra un numeroso ejército; pero es muy probable que Francia prevea el movimiento y llegue á Namur antes que su enemigo. La extraordinaria rapidez de su movilización se debe sin duda en gran parte al perfeccionamiento de su sistema de vías férreas en la frontera belga. Ha establecido entre Dunquerque y Mezieres nada menos que siete líneas, de las cuales cuatro son de doble vía y pueden ponerlo en comunicación directa é inmediata con Bélgica. Estas líneas están enlazadas y cruzadas por una transversal que sigue toda la longitud de la frontera hasta llegar á Longwy. Además, Francia tiene en esa frontera cuatro grandes campamentos atrincherados capaces de servir al ejército como punto central de su base de operaciones con muy buen apoyo. Esos campamentos son Dunquerque (con sus anexos Berges y Gravelines), Lila, Valenciennes (centro de un sistema defensivo que comprende Condé, Buchain y Le Quesnoy) y Maubeuge. Para asegurar la retirada de su ejército en caso de un descalabro, ha formado una primera línea defensiva, que comprende Valenciennes, Maubeuge, Landrecies, Hirson y Mezieres; para la segunda tiene la ciudad de Reims, rodeada de los fuertes que dominan los valles del Aisne y del Marne, con el triángulo formado por La Fére, Laón

y Soissons, que defiende el valle del Oise y, con el apoyo de Peronne, el valle del Somme.

Así estimulada por la rapidez de la movilización, rapidez que ciertamente no previó nunca Alemania, y que sin duda ha sido inesperada para sus oficiales, Francia ha resuelto atacar á su enemigo por Bélgica. Los siete obstáculos naturales que encontrará á su paso no son en sí formidables: debe cruzar el Mosa, el bajo Rhin, la selva de Teutoburgo, el Weser, el Hartz y el Elba. Cierto que el bosque de Teutoburgo detuvo á las legiones de Varo; pero hoy día le cruzan grandes caminos y dos líneas férreas que corren desde Hamm á Hanover y Magdeburgo. También atraviesa el Hartz buenos caminos, y está circuído por dos líneas férreas que se prolongan hasta Berlín, una de las cuales es la que pone á la capital alemana en comunicación con Coblentza y Metz. De este modo, su avance sería con seguridad más rápido que por entre el Mosa y el Rhin; y si además consigue sentar el pie en Bélgica antes que el ejército alemán, hallará mejores caminos y acantonamientos y muchos más recursos de toda especie que en Lorena, Oldenburgo y el Palatinado.

Parece que con este objeto, según se nos ha dicho, el 1.° y 2.° cuerpos de ejército francés se concentran en Maubeuge; el 3.° y 10.° en Hirson, y el 4.° y 9.° en Givet, esperándose que todas estas fuerzas estarán reunidas en la inmediación de Namur dentro de cuatro días, es decir, cinco antes de lo que creían posible las autoridades militares.

Todo el interés de ese país se concentra, por lo tanto, en Namur, y por eso marcho hacia este punto.

Namur, 8 *mayo*

Aquí reina mucha animación. Los habitantes y las tropas están poseídos de generoso entusiasmo por la causa francesa, rápido cambio de sentimientos que se puede atribuir hasta cierto punto al episodio de Amberes. Circulan los más extravagantes rumores: háblase abiertamente de la cooperación de Bélgica con las fuerzas alemanas, sin hacer aprecio de las consecuencias de ello, que tan graves serían; proclámase en alta voz que Chartreuse y la antigua ciudadela de Lieja están resueltas á oponerse al avance de los alemanes; y el populacho de Namur declara su intención de retener la «llave de Bélgica,» si necesario fuese, hasta que los aliados franceses puedan apoyarles ¡Pobre Namur! Su posición estratégica podría permitirle considerarse como una de las llaves de Bélgica; pero hemos de convenir en que hoy no es más que una fortaleza insuficiente. La ciudadela se ha conservado, asentada como un águila en las rocas, en el ángulo formado por el Sambre y el Mosa; pero así como otras muchas, no podría resistir el fuego de los cañones modernos. Doy estos detalles por lo que puedan servir y para que se conozca el espíritu del populacho.

Al escribir este telegrama recibo noticia de que las tropas francesas han cruzado la frontera por Maubeuge y Valenciennes, y dícese que las escasas guarniciones de Mons y Philippeville, después de hacer una entusiasta recepción á sus visitantes, han ofrecido valerosamente todos sus servicios al general Saussier.

Encuentro de las cuatro flotas

El duque de Edimburgo, jefe de la escuadra inglesa

El almirante Colomb, que ha tenido la suerte de poder observar las notables operaciones navales en el mar del Norte, nos ha favorecido con otra carta, cuyo contenido es el siguiente:

«No sabiendo qué sucedería ni lo que era más conveniente hacer, permanecí en Colberg, punto en el que no era probable que los rusos hicieran nada en el sentido de un bloqueo, y en el cual me era fácil obtener noticias de lo que pasara. Aquí fué donde oí hablar de la violación del territorio belga por Francia, y vi en ello un ejemplo de la osadía de Alemania y de la violencia de su enemiga. No me sorprendió por lo tanto que se hubiera procedido tan pronto á la ocupación de Amberes: estaba seguro de que íbamos á limitarnos á la defensa de Bélgica, y parecía también evidente que no podíamos abandonar el Báltico en las manos de franceses y rusos, porque esto sería casi sacrificar á Alemania. Había visto á la escuadra de esta potencia indecisa de atacar por sí sola á la flota rusa, y estaba seguro de que Alemania no podría hacer frente en el mar á sus dos enemigas, por lo cual se vería obligada á encerrar en sus puertos sus principales escuadras, como lo hizo en 1870, aunque hoy es mucho más poderosa que entonces. Había un pequeño crucero en Colberg, y confiaba refugiarse en aguas de poco fondo apenas apareciese un buque ruso de mayor fuerza; su capitán me dijo que creía que el gobierno alemán pensaba como yo respecto al ataque de la flota rusa; pero que lo que les alarmaba principalmente era el considerable número de pequeños buques armados de cañones de mucho calibre, lo cual parecía indicar el proyecto de algún combate en aguas rusas.

»Me parece muy natural el nombramiento del duque de Edimburgo para el mando en jefe de la escuadra del mar del Norte, pues siempre oí hablar de su reputación como táctico y los oficiales de la armada le reconocen como tal.

»Los oficiales alemanes sospechaban que Francia emprendería un ataque contra las costas del Báltico como el que se propuso en 1870; y los diarios hacían luz sobre esto insistiendo en que sería difícil para Francia obtener transportes, siendo como eran Cherburgo y Brest sus puertos más próximos, además de que Inglaterra intervendría para impedir un desembarco si se llegase á tratar de esto. Sin embargo, los alemanes se preocupan más de los preparativos en tierra, y por eso concentraban tropas en Colberg y en otras partes. Según oí decir el año último, el grueso de la flota francesa ha estado largo tiempo en Tolón, y por eso no me extrañó que un diario inglés dijese que solamente cinco buques de guerra habían salido de Brest para el mar del Norte, si bien les acompañaban bastantes cruceros. Si fuese realmente así, resultaría que, en el caso de haber conseguido Alemania enviar más buques al mismo tiempo, éstos debían encontrarse entre las flotas rusa y francesa en disposición de atacar á cualquiera de ellas antes de ser auxiliada por la otra. No sé si la escuadra alemana lo intentará así ó si, por el contrario, permanecerá en Wilhelmshavn para rechazar todo ataque á favor de sus obras defensivas en tierra.

»Para ver si averiguaba algo resolví trasladarme á Kiel con la esperanza de llegar de día; pero á causa de no haberme favorecido el viento, ya obscurecía cuando llegué á la vista del puerto. Como no sabía bien dónde estaba, parecióme conveniente por lo pronto no avanzar más. Yo llevaba á los lados del buque las luces de costumbre, y supongo que fueron vistas, pues aún no habíamos estado diez minutos en aquellas aguas, cuando otro buque sin luces de ninguna especie salió de la obscuridad y una voz me habló en lengua desconocida, expresándose luego en francés en vista de que yo no contestaba. Apenas hablé, acercóse á nosotros un bote con un oficial ruso, quien me dijo muy cortésmente que no había buques de guerra alemanes en Kiel; que una escuadra de cruceros rusos bloqueaba la plaza, y que por lo tanto debería retirarme. No había más remedio que obedecer, y me dirigí hacia el Sund.

»Cerca del Jahde encontramos una fuerte escuadra combinada de franceses y rusos; contábanse siete grandes buques de los primeros y seis de los segundos, siendo por lo tanto evidente que los alemanes no habían tratado de impedir la reunión de unos y otros. Había también muchos barcos pequeños, principalmente franceses, y casi toda la flota estaba anclada.

»Me acerqué á un buque almirante; pero pronto nos abordó un bote. El oficial nos advirtió que se bloqueaba el Jahde, y que si bien podíamos permanecer con las flotas mientras prometiésemos no traspasar la línea marcada, seríamos capturados ó echados á pique apenas intentásemos romper el bloqueo. Como yo no tenía más intención que la de enterarme de lo que pasaba, prometí obedecer, y á poco supimos que los buques rusos se habían reunido con los franceses horas antes de llegar yo, sin que nadie supiera lo que se trataba de hacer. El oficial nos dijo que se esperaban transportes y tropas diariamente, pero que ignoraba cuándo llegarían.

»Poco después de haber obscurecido, apagáronse las luces de la flota combinada, encendidas poco antes, y los buques desaparecieron sin que supiéramos qué dirección seguían.

»Al amanecer del día siguiente causóme la mayor sorpresa ver, no solamente á nuestros amigos, los rusos y franceses, sino también una considerable escuadra por la parte del Oeste.

»En la flota franco-rusa hubo seguramente alguna vacilación, y pronto me expliqué la causa de ella al distinguir el pabellón blanco inglés en una flota que aparecía por el Oeste. Nuestros buques avanzaban lentamente, y pude ver muy bien que iban formados en tres grupos; conté hasta quince, todos muy grandes, y noté que iban en tres líneas, con el buque almirante á la cabeza. No tardé en reconocer el *Alexandra*; á su derecha el *Camperdown*, con las insignias del vicealmirante Seymour, y á la izquierda el *Anson*. Cerca de los buques grandes había algunos pequeños, y á la derecha de éstos otros siete de alto bordo.

»Apenas habíamos observado todo esto, cuando vimos salir de entre la niebla que ocultaba la desembocadura del Jahde la escuadra alemana, compuesta de diez buques.

»Esto produjo en nosotros la mayor excitación: parecióme que iba á presenciar el más grande combate naval que se había visto en el mundo, y al notar que la escuadra franco-rusa separaba sus buques mayores de los pequeños, situando éstos en una larga línea frente al Oeste, Norte y Sud, creí seguro que iban á precipitarse en confusión contra la escuadra inglesa.»

Retirada de los cruceros franceses

El «Elaine» es echado á pique

«Pero como no había oído hablar de ninguna declaración de guerra por Inglaterra y parecía una cosa inconcebible que los franceses y rusos, que no contaban más que unos catorce grandes buques en línea, se precipitaran contra veintidós acorazados ingleses, á los que podían agregarse diez alemanes, tal vez en dos horas, pensé que se trataba de otra cosa. Las tres escuadras se hallaban á unas tres millas de mi yate y yo estaba en el centro. No pude menos de pensar que los alemanes habían obrado con mucha prudencia al mantener su flota allí más bien que en Kiel: la naturaleza les preservaba de un ataque en Wilhelmshavn, mucho mejor que el arte en Kiel, y en el punto que ocupaban entonces se hallaban seguros detrás de sus arrecifes y dispuestos á caer sobre sus enemigos si fuese necesario.

»De repente vi cinco pequeños cruceros franceses, que sin duda habían estado vigilando el puerto toda la noche; y cuando me preguntaba qué se propondrían hacer, observé que varios buques alemanes se ponían en movimiento como para perseguirlos. Esto me hizo temer que habría alguna escaramuza, y en su consecuencia hice avanzar mi yate con toda la rapidez posible en dirección al *Alexandra;* pero de este modo me vi entre dos fuegos, entre los cruceros franceses, que disparaban sus cañones, y los buques alemanes, que hacían lo propio. Un proyectil de estos últimos atravesó mi cubierta, ocasionando en mi yate tal avería, que en un momento comenzamos á hundirnos. No había tiempo que perder; se bajó el bote acto continuo, y dí orden para que todos mis tripulantes abandonaran el barco, que se sumergía por la proa. Afortunadamente, ya estábamos fuera de la línea de fuego, el cual comenzaba á disminuir á causa de estar los franceses cerca de su propia escuadra.

»Todo esto sucedió en menos tiempo del que se necesita para contarlo, y apenas pude explicarme lo ocurrido; solamente vi que mi pobre *Elaine* comenzaba á desaparecer en las aguas y que estábamos todos aglomerados en el bote. Entonces observé dos cosas: primeramente, que un gran crucero inglés con bandera de paz gobernaba hacia la escuadra franco-rusa; y después, que otro buque se dirigía hacia mi bote. Pocos momentos después nos hallábamos sanos y salvos á bordo del *Blonde*, cuyo comandante nos recibió con las mayores atenciones, diciéndome que se le había ordenado que nos recogiera para conducirnos á bordo del crucero que llevaba la bandera de paz.»

Aceptación de las proposiciones del almirante inglés por los jefes de las escuadras rusa y francesa.

«El cambio fué tan repentino como inesperado, pues de pronto me encontré á bordo del *Alexandra* y á presencia del duque, quien me dijo cortésmente que se cuidaría de que no me faltase nada hasta que le fuera posible enviarnos á nuestro destino. No pude menos de admirar su tranquilidad en aquel momento, que yo consideraba verdaderamente crítico por la responsabilidad que pesaba sobre el jefe de la escuadra inglesa. Y admiré tanto más aquel aplomo, cuanto que era de temer una colisión; pero según supe después por varios oficiales, confiábase en evitarla.

»La cuestión era que no se había decretado formalmente aún la guerra con Francia. El duque iba á *invitar* á los franceses á retirarse con sus fuerzas, en cual caso no habría ataque, y los rusos podrían retirarse á Cronstadt sin que se les molestara, pero si dentro de tres horas la escuadra rusa no se había separado de la francesa y ésta no se conformaba con la condición impuesta, las flotas inglesa y alemana unidas harían aceptar por fuerza esta condición. El secretario del duque, Mr. Richard, me enseñó la copia del mensaje, que era enérgico, pero sumamente conciliatorio, pues se rogaba á M. Planché, el almirante francés, y á M. Shastakou, jefe de la escuadra rusa, que reflexionaran que ante fuerzas tan



La gran guerra de 1892 – Las tropas inglesas en la *Place Verte* de Amberes (pág. 131)

La gran guerra de 1892. – El yate *Elaine* es echado á pique (pág. 132)

enormemente superiores, su honor quedaba á salvo, y que un sentimiento humanitario aconsejaba evitar la inútil efusión de sangre que sería consecuencia de su negativa.

»Todos los buques estaban preparados para la acción, y observé que la flota alemana se ponía en movimiento en dirección á nosotros. Los oficiales parecían más excitados que el almirante; pero ninguno creía probable la resistencia.

»Según las últimas noticias, recibidas por un vapor, el embarque de las tropas en Cherburgo se había interrumpido, y esto inducía á creer en una solución pacífica, pues era evidente que bastaba que la flota inglesa detuviera los transportes para que terminasen los manejos franco-rusos.

»Un telegrama de París decía que el almirante francés Premesnil se había hecho á la vela con orden de volver á Brest si los ingleses estaban en observación del Jahde con fuerzas superiores.

»No obstante, todos los anteojos se fijaban con insistencia en la *Immortalité*, que estaba á unas diez millas de distancia, detenido cerca del buque insignia francés, que debía izar el pabellón holandés en el caso de no aceptarse las condiciones.

»Transcurrieron al menos dos horas sin que se viera señal ninguna. Confieso que mi agitación era intensa, y contrastaba con la tranquilidad de los oficiales que veía á mi alrededor. De repente una voz gritó: «¡Los rusos se mueven!»

»Yo no podía distinguir á los rusos de los franceses; pero dijéronme que los primeros estaban en el ala izquierda y los otros á la derecha. Los oficiales dejaron de mirar con sus anteojos, con expresión de hombres contrariados en sus esperanzas, y parecióme notar en el duque un ademán de impaciencia al ver que no se izaba el pabellón holandés. Las condiciones quedaban aceptadas, y los rusos se hacían á la vela en dirección al golfo de Finlandia.

»Poco más tengo que añadir: la flota francesa pasó por delante de nosotros, gobernando hacia el Oeste. El duque destacó doce de sus buques de guerra al mando de Sir Seymour con siete ú ocho cruceros para seguir á los rusos hasta sus propias aguas, mientras que él iba en observación de los franceses con el resto de la flota. Yo pasé á bordo del *Támesis*.

»No pensaba yo seguramente que la presencia de la escuadra británica hubiera bastado para evitar el conflicto naval; y por otra parte, comprendía que hubiera sido una locura en los almirantes francés y ruso no proceder como lo hicieron.»

PREPARATIVOS PARA EL DESEMBARCO DE LAS TROPAS INGLESAS EN TREBIZONDA

LAS OBRAS DE DEFENSA DE ERZEROUM. – LOS TURCOS, COMO LOS INGLESES, SIEMPRE DESCUIDADOS SEGÚN SU COSTUMBRE.

(De nuestro corresponsal particular.)

Karakurghan, 29 *abril*

Según las últimas noticias, todo induce á creer que pronto habrá una batalla importante. Hacer un análisis de los rumores que llegan hasta mí continuamente, contradictorios como son, con sus adiciones y omisiones y rodeados del extravagante interés local con que se revisten las más triviales circunstancias, sería de todo punto imposible; y sin duda muchos de mis lectores estarán mejor informados que yo respecto al curso de los acontecimientos.

Cuando salí de Trebizonda, hace cinco días, notábase una ansiedad febril y un sentimiento de entusiasmo en muchos, pero también escepticismo en no pocos, sin duda por sus anteriores experiencias. Decíase que los ingleses llegaban con tres cuerpos de ejército; que se dirigían á Trebizonda, á Samsoum y Shumla para ayudar á sus aliados turcos é italianos, y que la división oriental de la flota del Mediterráneo había penetrado ya en el Mar Negro, con no poca sorpresa y tal vez disgusto de los comandantes turcos de los Dardanelos y de los Kavaks y de los generales rusos y franceses. En Trebizonda y en los pueblos inmediatos se suponían muy probables estos rumores por el hecho de que hacía una semana que los agentes ingleses compraban mulas, carneros y ganado. Los naturales no se han aprovechado tanto como podían de la generosidad de los compradores, porque dos ó tres traficantes armenios, sabiendo que los ingleses pagan bien, habíanse anticipado á ir en busca de los agentes para hacer su negocio. Esto no es más que un detalle de poca importancia al lado de lo que se dice acerca de nuestra intervención: que la acción de Inglaterra ha sido tardía, según costumbre; que sus transportes llegan vacíos al punto de su destino; que las tropas no llevan suficientes municiones ó van mal equipadas; que las disposiciones para el desembarco no se cumplen según lo mandado, y que de este modo la intervención podría anularse en sus efectos por haberse realizado bastante tarde. «Los ingleses, decía el buen pueblo de Trebizonda, mientras esperaba el cuerpo de ejército cuya venida se había anunciado, son buenos, pero indiferentes y nunca llegan á tiempo. Tienen más dinero que los rusos y hay entre ellos menos corrupción, pero también son más estúpidos.» Tal es el criticismo independiente de los aliados.

Me hubiera complacido presenciar el desembarco de las tropas inglesas; pero después de esperar inútilmente muchos días en la triste Trebizonda, no me fué posible detenerme más. Acababan de recibirse noticias de que una considerable fuerza de rusos avanzaba desde Kars por el Oeste hacia Erzeroum; y aunque hay allí ó en las cercanías 50.000 hombres de tropas turcas, ningún preparativo se había hecho al parecer para oponer resistencia al enemigo, excepto en Keupru Kuy, á nueve horas de Erzeroum. Debe recordarse que en Erzeroum se entra por tres poternas, llamadas respectivamente puertas de Stambul, de Ardahan y de Kars; los caminos á que conducen son los de Ardahan, Kars, Van, Erzinghan y Trebizonda. Por el Sud de Erzeroum, á muy corta distancia de las murallas, una montaña desciende en rápida pendiente hacia la ciudad, á la cual domina; mientras que un camino directo se dirige desde Van á Moush y de aquella ciudad á la montaña, desde la que dos canales se prolongan hasta Erzeroum. Si un enemigo tomara posesión de la eminencia (por lo que yo sé, no hay nada hasta ahora que lo impida, ó si acaso muy poco), le sería dado cortar estos canales de modo que no llegasen las aguas á su destino. Cierto que intramuros hay algunos pozos, pero su contenido sería insuficiente para satisfacer las necesidades de la población, y esto sin contar con las tropas acuarteladas dentro y fuera.

Es propio de la apatía turca el hecho de no haberse hecho nada, ó cuando menos tan poca cosa, para asegurar ese poderoso baluarte del Asia Menor. Entiéndase que hablo por lo que he oído decir á los mismos oficiales turcos, pues yo no he podido ver nada por mis propios ojos; pero hasta ahora no he tenido motivo alguno para dudar de sus informes.

Parece que de vez en cuando, desde 1878, se hicieron proposiciones para fortificar ciertos puntos naturales; pero que, confiándose siempre en la protección de la Providencia (esto es muy turco y casi inglés), se aplazaron siempre los proyectos, hasta que al fin han llegado las circunstancias presentes, y ya es demasiado tarde para ponerlos en ejecución. Así, por ejemplo, en el camino de Van, á unas cinco millas de Erzeroum, hay una admirable posición, conocida con el nombre de desfiladero de Palandukain; esta posición fué protegida hasta cierto punto en 1876, construyéndose un fuerte capaz de oponer vigorosa resistencia, y después se erigió otro en Geguzek, á diez y ocho millas de Erzeroum, en el camino de Ardahan. Otra posición, la de Deve Boinou Bogaz, á cinco millas de Erzeroum, en el camino de Kars, era considerada entonces como buen punto para levantar un fuerte, y más allá construyéronse obras defensivas en el desfiladero de Loghana, á veinticuatro horas de Erzeroum, en el mismo camino de Kars. Sin duda hay también importantes posiciones sobre el camino de Bayazid, como por ejemplo en Deli Baba, angosta garganta que se abre á través de altas montañas, inexpugnables según los turcos; en Tahcr Gedi, á cinco horas más allá, y en Kara Kilissa, punto á corta distancia del cual hay un camino llano que conduce á Bayazid.

Desde la última guerra, sin embargo, parece que poco ó nada se ha hecho para fortificar ó siquiera conservar esas posiciones en conveniente estado defensivo. Ultimamente hase hablado mucho en Constantinopla de grandes armamentos en dicha frontera, asegurándose que se han enviado cañones Krupp para sustituir los de bronce, fabricados en Tophané, con los cuales estaban armados los fuertes de Erzeroum en la última guerra. Ignoro si dicho material habrá llegado á su destino; pero los habitantes de esta localidad le hubieran visto pasar si así fuese, y hasta ahora nada saben de este asunto. Debe esperarse una repetición de la famosa historia de un millón de liras gastadas para fortificar á Erzeroum en la última guerra.

No salí de Trebizonda solo, sino que me aproveché de la marcha de un convoy de mulas cargadas de municiones para Erzeroum, y también iban entre los viajeros cinco ó seis doctores ingleses que han ofrecido sus servicios á la Puerta para cuidar de los heridos en los campos de batalla.

El activo tráfico que hay ahora en esta reducida localidad, punto de confluencia de los caminos de Trebizonda y Erzinghan á Erzeroum, y que por regla general suele ser nulo en la presente estación, indica claramente que se preparan grandes acontecimientos. Durante todo el día ha pasado por aquí mucha gente, soldados turcos, rezagados ó desertores, enfermos ó heridos, bashi bozouks, los más de ellos bandoleros, que llevan en sus personas un verdadero arsenal; grupos de soldados de los que tomaron parte en la última guerra, armados de carabinas Winchester; circasianos montados en escuálidos caballos, y zaibekes de aspecto feroz. He observado que muchos de esos llevan grandes levitones rusos, y esto parece indicar que ha ocurrido alguna escaramuza ó se ha practicado algún reconocimiento de malas consecuencias para los moscovitas.

LOS RUSOS SON RECHAZADOS. – ESKI ZAGRA

LAS TRISTES REALIDADES DE LA GUERRA

Cerca de Keupru Keui, 2 *mayo*

Me aprovecho de una oportunidad para enviar un mensaje urgente por conducto de un oficial turco que marcha á Erzeroum, portador de varios partes. Poco después de escrita mi última carta, pude encontrar un escuálido caballo y llegar hasta Erzeroum, donde reinaba la mayor confusión. Acababa de saberse que una numerosa fuerza rusa avanzaba por el camino de Kars, y habíase llamado á todos los hombres útiles para salir al encuentro del enemigo.

Era muy natural que los rusos aprovecharan la primera oportunidad de caer sobre la fortaleza turca, que con razón esperaban encontrar desprevenida, pero Ghazi Mouchtar Bajá, el héroe del 77, que había llegado á Erzeroum pocos días antes, estaba resuelto á no permitir á su enemigo tradicional obtener una fácil victoria.

Como ya he dicho, todos los regimientos útiles fueron reunidos á fin de resistir el ataque y enviados inmediatamente á Keupru Keui. No tengo aún detalles, pues sólo permanecí una hora en Erzeroum, y tampoco he podido hablar con ninguna autoridad; mas de las noticias que he recogido resulta que los turcos, poco inferiores en número á sus adversarios, tenían la enorme ventaja de hallarse ocupando posiciones por tradición inexpugnables, en las que las armas turcas han alcanzado al parecer una señalada victoria.

A poco de salir de Erzeroum, comencé á observar evidentes señales de que se había librado ó se estaba librando alguna gran batalla: lo primero que encontré fueron unos veinte soldados de infantería, rendidos de fatiga y todos más ó menos gravemente heridos. Díles una bota de agua, que aceptaron gustosos, y ofrecíles una botella de aguardiente, que no quisieron. Preguntéles qué había ocurrido y me contestaron que se acababa de librar una gran batalla; un mocetón de ojos brillantes, herido en la mejilla por un casco de bomba y que se había vendado la cara con un pañuelo, exclamó: «¡Ha sido una nueva Eski Zagra! Los moscovitas han sido rechazados con grandes pérdidas y perseguidos sin descanso por los bashi bozonks, que han dado muerte á todos los enemigos á quienes alcanzaban, estuvieran ó no heridos.» El que esto me decía procuró hacerme comprender mejor con horribles ademanes la manera con que habían sido tratados los rusos heridos. Pronto me cansé de oir cosas tan horribles, y proseguí mi marcha: no tardé en reconocer la verdad de cuanto me había dicho el implacable muslim. En todo el camino, las horribles evidencias de una espantosa carnicería se repetían á cada instante, y se ofrecían á mis ojos todos los horrores de una encarnizada lucha que me dieron clara idea de la sangrienta matanza que acababa de ocurrir. A medida que avanzaba, se me revelaban más claramente la barbarie y maligna crueldad de los turcos. El número de muertos de éstos disminuía, al paso que el de los rusos aumentaba, y cuando llegué al punto de mi destino, aún me repugnaba el horrendo espectáculo que había presenciado. Mientras hablaba con el caballero á quien debo el envío de este parte urgente, vi llegar un pobre caballo que avanzaba penosamente por la orilla del río; cuando estuvo cerca, observé que sólo tenía tres piernas. Saqué mi revólver para poner término á sus padecimientos; mas al ver que el cuadrúpedo parecía indiferente, renuncié á inmolarle. «No extrañe usted eso, me dijo Salem Bey; hace dos horas, en el momento de cargar con mi escuadrón, una bomba reventó delante de la primera fila, y se llevó el belfo de una de las monturas, que á pesar de ello permaneció en la fila hasta que cayó muerto por una bala rusa.» Dicho esto, Salem Bey se levantó para ir á buscar su caballo, y habiéndole preguntado dónde estaba su ejército, contestóme: «*Bilemem* (lo ignoro); INSHALLAH (ha vuelto á Kars).

(Continuará)

EL HISTORIADOR ALEMAN
JUAN JANSSEN
Y OTROS MUERTOS ILUSTRES

¿Por qué no alcanzan la edad de Matusalem los sabios, los buenos, los hombres de mucho fuste, como el insigne autor de *Granada*, que en edad tan avanzada como la que ya cuenta conserva toda la lozanía de su deslumbrador estilo, todo el prolijo encanto musical de sus maravillosas rimas y todo el fuego de su inspiración, inaugurando el año de 1892 con un inimitable cantar á la ciudad de las procesiones y de las campanas, de los toreros y de los frailes, la «Venus del Guadalquivir que huele á rosas y azahar y es toda española de los pies á la cabeza,» la reina de Andalucía que por boca del inspirado hispalense D. José Lamarque de Novoa contestaba á las admirables quintillas del trovador castellano?

Apenas encontrábase *nel mezzo del camino*, cuando murió el escritor mimado del público, el crítico de arte inteligente y discreto y á ratos novelista *D. Luis Alfonso*, que unió su nombre al de Murillo y fué el amigo de todos los artistas españoles, el noble adversario de los que alardeando de modernistas respiran el medio ambiente del naturalismo, el favorito de Víctor Hugo y de Castro y Serrano, el que hizo saborear á los lectores de *La Epoca* las últimas humoradas del autor de las *Doloras* y de *Los pequeños poemas*, el biógrafo de Echegaray, el heraldo de las glorias catalanas en Madrid, el penegirista de Verdaguer y de Guimerá, el enamorado de *Mar y cielo* encendiendo el entusiasmo por aquella tragedia en su paisano Enrique Gaspar que, absorto por la historia peregrina de los amores del pirata moro y de la cristiana, se olvidaba de la hora de comer. La tragedia de D. Angel Guimerá fué primero un valioso regalo que Luis Alfonso hizo á su amigo Enrique Gaspar en Olorón, y después una delicia para el público de Madrid y Zaragoza. Alfonso recorrió el mundo, hasta el que descubrió Cristóbal Colón y hasta la patria del conde León Tolstoy, escribiendo sobre la Exposición de Filadelfia y sobre Rusia, y reunía en su vivienda, como si fuese un gran Mecenas, muchísimos tesoros artísticos. ¡Qué pena tan grande habrá experimentado al darles el postrer adiós y al dejar sin terminarlos tantos proyectos literarios que bullían en su mente! Como testimonio perenne de su amor al arte y á Barcelona nos queda la obra monumental *Los meses*, que se publicó en la ciudad condal por iniciativa del simpático Alfonso, á quien el eminente literato barcelonés J. Mañé y Flaquer erigió un hermoso monumento en el prólogo de dicha obra, diciendo acerca del que rivalizó con Federico Balart, Isidoro Fernández Flórez y Jacinto O. Picón en el cultivo de la crítica é imprimió á cuanto brotaba de su pluma un sello de sólido razonamiento: «Alfonso es insinuante como un valenciano, terco como un aragonés y perseverante como un catalán.»

Por el escritor caballero, por el literato aristocrático y cortesano llora con los españoles la hija de una malograda poetisa alemana, una joven y hermosa austriaca que conoció al hijo del Turia en la poética ciudad de las lagunas y que si hubiese accedido á sus vehementes deseos de sentarse con él en una góndola, hubiera vuelto de aquel paseo como su novia.

Dios no quiso: ella salió para las orillas del Danubio y él regresó á Barcelona, de donde escribía esta dulce palabra alemana que usan los enamorados: *Vergissmeinnicht* (no me olvides).

Triste cosa es considerar cómo se va acortando la existencia humana. El crítico de eruditísima doctrina y de elegantísimo estilo ha muerto en lo mejor de la vida. «Ya que están en flor hiélanse los árboles, á punto de desenhornar quiébranse los vidrios, en seguimiento de la víctima mueren los capitanes, al tiempo de echar la clave caen los edificios y á la vista del puerto perecen los pilotos.» Esta profunda verdad que anuncian las palabras de un español ilustre, la aplicó *La Epoca* á la muerte de su redactor, que falleció el 18 de enero, antes de haber terminado su *Historia de las Bellas Artes* y publicado una colección de artículos titulados *El arte al final del siglo*, y esta verdad se ha cumplido también por la pérdida del ídolo de los círculos católicos de Alemania, el historiador *Juan Janssen*, que había de bajar al sepulcro antes de dar feliz remate á su importantísima obra de esmerada forma, titulada *Historia del pueblo alemán desde el final de la Edad media*, que descubriendo puntos de vista nuevos y sorprendentes, escribió sin fatigarse en el transcurso de un período ya muy largo y de trabajo continuo.



UNA PARISIENSE, cuadro de D. Santiago Rusiñol. (De fotografía de D. J. Martí.)

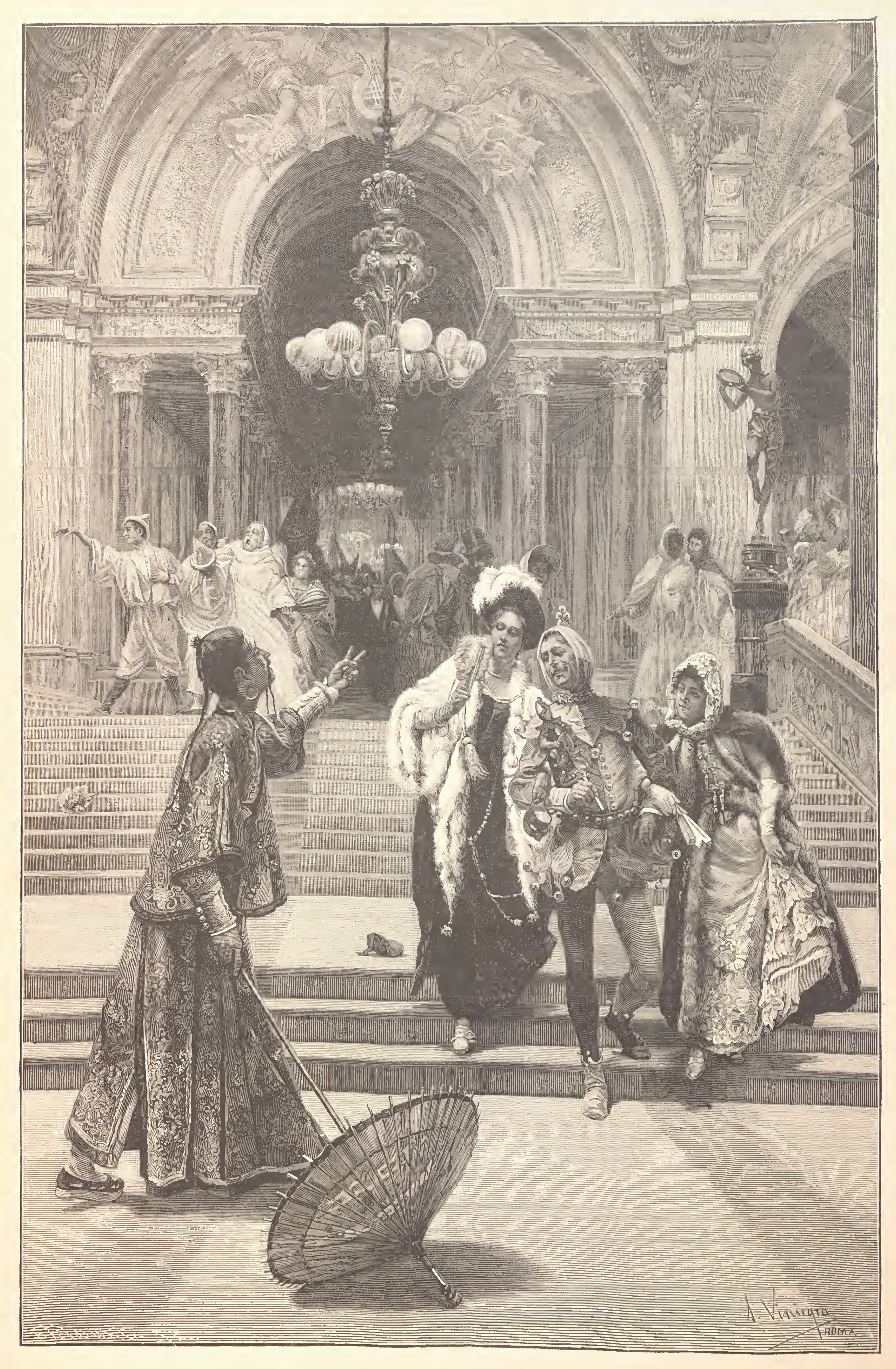
Jamás habían existido, ni en la antigüedad ni en el mundo moderno, historiadores verdaderamente objetivos que no hayan obedecido á tendencia alguna. Hasta los cronistas más sencillos que se limitan á referir los hechos en vez de vivificar con la magia del relato las páginas de la inerte crónica, no están libres de subjetividad. Eso significa esta frase de Goethe: «Lo que llamáis el espíritu de los tiempos no es sino el espíritu de los mismos señores en que los tiempos se reflejan.»

Janssen se colocó en el punto de vista católico. Es el Fernán Caballero de la Historia, ardiendo en su alma feliz la lámpara bendita de la fe. Por eso vió las cosas por aspectos distintos que los que dicen: «Tenemos en Alemania una religión ideal que bajo la dirección de nuestros grandes pensadores y poetas se ha desarrollado desde Leibnitz y Lessing, Goethe y Schiller; tenemos desde la guerra de los Treinta años una religión natural que no se satisface de las dos Iglesias reconocidas por el Estado, ni se encierra en alguna de las confesiones conocidas, pero es considerada por los que la profesan como la esencia del cristianismo de Jesucristo.» Los alemanes amamantados con las doctrinas de la Reforma censuran y rebajan á *Janssen*, disintiendo de sus opiniones. Ellos dicen: «Nadie conocerá á Lutero con el criterio de Janssen, así como nadie conocerá á Homero siguiendo á Aristarco, ni á Cervantes con la angostura de miras de Clemencin. No hay obra humana ni vida de hombre que no esté plagada de defectos y faltas. Ni una sola piedra de las que componen la catedral de Burgos carece de algo feo, ni un solo día hay en la historia del más ilustre de los nacidos sin algo reprensible.»

Janssen perteneció por su nacimiento, su educación y su índole á la fe católica, y de su corazón alegre, de su contemplación serena brotó una convicción firmísima que no tenía ningún parentesco, pues lo que en su *Historia del pueblo alemán*, alarde pasmoso de saber y de actividad, y en todos sus trabajos le acompañaba y le impulsaba, era el anhelo de unidad y de libertad de la patria alemana, la resurrección



1. JALOUSIE. – 2 RETRATO DE M..., cuadros de D. Ramón Casas. – 3. DANS LA GALLETE. – 4. RECUERDO DE MONTMARTRE.—5. NUBES DE VERANO. – 6. RECUERDO DE HIX, cuadros de D. Santiago Rusiñol. – 7. JARRÓN DECORATIVO. – 8. LOS DOS AMIGOS, esculturas de D. Enrique Clarassó



PARA DOS PERDICES... UNO, cuadro de D. Salvador Viniegra

de su grandeza después de siglos de miseria profunda y de sin par vergüenza. Como historiador le distinguieron, no sólo la escrupulosidad, que constituyó una parte de su esencia; la claridad de lenguaje y la honradez, que iba acompañada de un ingenio sagacísimo y de una imaginación lozana, sino la contemplación brillante de la cultura del pueblo alemán. Jamás podrá omitirse el nombre de *Janssen*, verdadero nombre de legión.

¡Cuán lúcida, caracterísla y llena de verdad es su descripción de los ramos todos de la vida de Alemania al final de la Edad media, cuando el arte de la imprenta, según dijo un contemporáneo de Gutenberg, «dió á la libertad del hombre un puñal agudo, una espada cortante de dos filos, tan apta para lo bueno como para lo malo, para la lucha en pro de la verdad como en pro de pecados y errores,» y cuando se levantaba aquel reformador eclesiástico, aquel estadista filósofo, aquel gigante espiritual que se llamaba Cusano, el cardenal alemán natural de Cues (pueblo próximo á Tréveris), que según dijo el abad Juan Tritemio á fines del siglo XV, «apareció en Alemania cual ángel de luz y de paz en medio de sombras y de confusión!»

Janssen hace justicia al hijo de Schlettstadt, Jacobo Wimpheling; al humanista Rodolfo Agricola, el pedagogo de Alemania; á Alejandro Hegio, el mayor preceptor alemán del siglo XV, á las mujeres notables de Alemania, á los Juan Penchlin y Juan Tritemio, al jurisconsulto Ulrico Zasio, al teólogo y predicador Geiler de Kaisersberg, al protector de las artes el emperador Maximiliano, y habla de la arquitectura cristiano-germánica que tenía su influencia sobre España, siendo Palma de Mallorca una ciudad gótica por excelencia, donde después de la conquista de la isla por los españoles se habrá establecido una colonia entera de canteros alemanes. Basándose en los escritos de Goerres y de Augusto Reichensperger, escribió *Janssen* sobre el arte alemán. Dedica sentidas palabras á la poesía popular en que latía el corazón del pueblo alemán con todo su júbilo, su humor y su melancolía y con su amor á la naturaleza, y ensalza el canto eclesiástico que floreció en Alemania ya en el siglo IX y que asombró á San Bernardo al predicar la cruzada. Se ocupó de los misterios, de las poesías de Juan de Vintler, de Sebastián Brant, de las crónicas, entre las cuales se distinguió la de Colonia, que publicó un anónimo en 1499 en el dialecto del bajo Rhin en honor de la ciudad venerable y santa que fué para Alemania, como dijo el cronista, lo que fué París para Francia, Londres para Inglaterra y Roma para Italia, siendo

Coellen eyn kroin
boven allen steden schoin.

(Colonia una corona hermosa descollando sobre todas las ciudades.)

Janssen es el encomiador de la prosa alemana del siglo XV; pero dice respecto á Lutero «que su innato arte lingüístico tenía un desarrollo extraordinario por su lectura de los prosistas del siglo XV, en cuyas manos la lengua alemana parece ufanarse de sí misma, y por su trato del pueblo. Lutero era un maestro poderosísimo de la lengua alemana. Su dicción es concisa y vigorosa, animada y característica; sus metáforas son todas tan sencillas como expresivas y candentes como el fuego. Bebía en las fuentes del habla popular y tenía pocos iguales en su elocuencia popular. Cuando se sentía inspirado por el espíritu del pasado católico, sus palabras eran verdaderamente elevadas. En sus obras docentes y edificativas manifiesta más de una vez una profundidad de la contemplación religiosa, que recuerda los días del misticismo alemán. ¡Qué bellas son las frases que usa en su librito publicado en 1520 con el título de *La libertad del cristiano*, sobre la felicidad del alma que está unida á Jesucristo cual novia á su novio por el anillo nupcial de la fe!»

Respecto á los cantos evangélicos cita *Janssen* estas palabras sacadas de *La poesía alemana*, por Wolfgang Menzel: «Al riquísimo idealismo que rebosaba la poesía católica en España bajo los auspicios de Calderón, le opone la Iglesia nueva la pobreza severa y dura de un realismo que recuerda más el Antiguo que el Nuevo Testamento.»

En 1876 y 1879 salieron los dos primeros tomos de la *Historia*, de *Janssen*, y éste prefirió continuarla y ser ardoroso polemista á ser cardenal de la iglesia romana.

El, cuyas obras suscitaban discusiones tantas, vió la luz en la ciudad de Xanten, que la leyenda llama ciudad natal de Siegfried, mientras en otra ciudad rhiniana, en Wormo, que guarda asimismo el recuerdo de aquel héroe legendario, se ha celebrado la memoria de Lutero, contra el cual esgrimió la espada el católico *Janssen* en su *Historia*. ¡Cosa extraña! El que con el escudo de la fe descendió á la sangrienta liga era el hombre más pacífico, y el historiador protestante Juan Federico Bohmer era uno de sus mejores amigos. Nuestro historiador, que al escribir su *Historia* se acordaba que era sacerdote y tanto ruido metió, fué un verdadero patriota alemán; por eso lloraba la miseria en que precipitaron á la desventurada patria los estragos de la guerra de los Treinta años. Ya cuando niño prorrumpió en lágrimas al describir en la escuela la decadencia del florecimiento helénico después de la segunda guerra peloponesíaca. Un sentimiento semejante le animaba cuando describía un período nefasto de nuestra historia que abortó charcos de sangre, y cuando le arrancó anatemas el espectáculo de decadencia de Alemania.

Nació *Juan Janssen* el 10 de abril de 1829. Después de haber empezado á hacerse aprendiz de calderero, llamó la atención de un maestro y entró en la escuela de Xanten, continuando sus estudios en Recklinghausen, Munster y Lovaina. En 1853 publicó en Bonn su primer opúsculo, titulado *El abad Wibaldo de Stablo y Corvey*. Desde 1856 á 1881 desempeñó en Francfort el cargo de profesor de Historia en el gimnasio de la ciudad del Mein. En 1861 dió á la estampa su obra patriótica titulada *Las aspiraciones de Francia para alcanzar el Rhin y su política enemiga de Alemania*. Aunque de salud delicada desde 1856, pudo escribir los seis tomos de su *Historia* que levantaban la polvareda mayor que tal vez hemos visto en Alemania, y la *Vida del poeta conde Federico Leopoldo de Stolberg*, que salió en 1877: le mantenía firme su gran corazón hasta que en la Nochebuena de 1891 cuando se esperaba el tomo VII de su *Historia*, exhaló su último suspiro, acompañándole en los postreros momentos de su vida su amigo el padre jesuíta Alejandro Baumgartner, el traductor de un canto de *La Atlántida*.

Ya se ha apaciguado el estrépito y algazara que movieron las obras de *Janssen*, su *Historia* y los dos folletos *A mis críticos*, en los que el más discutido de los historiadores alemanes, movido de espíritu polémico, contestó á sus adversarios protestantes.

Más afortunado que *Janssen* ha sido el restaurador de la catedral de León, mi amigo el arquitecto poeta D. Demetrio de los Ríos y Serrano, que el día 27 de enero de 1892 murió á los 64 años de edad, después de haberse dedicado á restituir á su primitiva pureza la joya de la Edad media, la catedral de que dice el célebre dístico latino:

Sint licet Hispanis ditissima pulchraque templa,
Hoc tamen egregiis omnibus arte prius

Cuando hace unos cuatro años visitaba á mi ilustre amigo en León, escribí en su álbum una frase cariñosa comparándole con el arquitecto de la catedral de Colonia. ¿Quién podría expresar mi sorpresa? Con estas humildes palabras mías que había leído á su paso por León, acaba de presentarse en mi casa de Colonia un arquitecto alemán, Sr. Junghandel, autor de la obra *La arquitectura de España*. Al saber por mí la nueva de que había muerto en León el sabio arquitecto andaluz, unió sus lágrimas con las mías. Pero ¿por qué estamos llorando? Desde aquel edificio que el monje Lobera llamaba en su obra *Grandezas de León*, impresa á fines del siglo XVI, *pulido, sutil, hermoso y apacible, tanto que parece lo acepillaron*, se ha remontado el padre de la tierna poetisa Blanca de los Ríos á las bóvedas del cielo.

La muerte es la segadora más infatigable. Ayer sus nobles víctimas fueron Juan Janssen, Demetrio de los Ríos y Luis Alfonso; hoy murió mi maestro primario, el venerable *Enrique Kühne*, de cuya alma de fuego brotaban incesantemente centellas de luz, y cuyo constante anhelo era el bien de la juventud. Escribió lindísimos cuentos en el dialecto de su pueblo natal, Mülheim, la de Ruhr, y dedicó versos á la memoria de la reina Luisa de Prusia. Al derramar una lágrima por la pérdida de mi querido maestro, lloro también por mi infancia bendita, y por aquellos cuyo recuerdo vale para mí un Perú, mis padres idolatrados.

JUAN FASTENRATH

NUESTROS GRABADOS

Baile de Corte, cuadro de D. Manuel Domínguez, propiedad del Sr. Marqués de Pinar del Río. – Reposada y sólida es la pintura de Domínguez: ejecuta con calma y concibe con claridad, sin dejarse arrastrar por el entusiasmo ó la exaltación. De ahí que en sus obras no se observen deficiencias hijas del desfallecimiento ó del cansancio, ni que en ellas se noten resultados de fatigosa producción. Al examinarlas adivínase al maestro, y tal título merecería á falta de los que ya posee quien ha logrado solo y unido á Ferrán pintar el famoso tríptico, publicado también en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, representando la Porciúncula, en San Francisco el Grande de la coronada villa.

D. Manuel Domínguez es uno de los artistas con cuyas obras se envanece España, ya que por su genialidad, potente y vigorosa, marca, unido á otros pintores también ilustres, una gloriosa etapa en la pintura española contemporánea.

* * *

Monumento erigido á la memoria de Breidel y Coninck, en Brujas. Obra del escultor P. de Vigne. – En este monumento están representadas las figuras de dos ilustres patriotas flamencos que brillaron en la historia medioeval de Bélgica. M. de Vigne, célebre escultor belga, ha sabido imprimir en sus actitudes, en sus rostros, en sus menores detalles esa vida y esa energía características de la escultura moderna, que no se satisface con reproducir la belleza plástica, sino que ahondando más en el arte anima la materia haciéndole expresar las cualidades psíquicas de los personajes que reproduce.

* * *

Obras de D. Santiago Rusiñol, D. Ramón Casas y D. Enrique Clarassó (Salón Parés). – El movimiento operado por algunos artistas de valía en el extranjero y las composiciones naturalistas premiadas en varios certámenes han sido causa para que aquí se formara un grupo de entusiastas prosélitos de esta que pudiéramos titular nueva escuela. A ella pertenecen Santiago Rusiñol y Ramón Casas, que aun sin haber logrado todavía cuanto cabe esperar de sus cualidades y aptitudes, gozan de merecida y justa reputación, conquistada primero por sus festivas genialidades y después por sus inteligentes estudios, siempre fielmente reproducidos del natural. Cada nueva exposición de sus obras revela un adelanto, mayor fidelidad en la interpretación y mejor gusto en la elección de asuntos. Entre los setenta y tantos cuadros, grandes y chicos, que figuraron en su última exposición, nótase, en uno y otro pintor, la misma mudanza que apuntamos.

Rusiñol y Casas, ó más bien dicho, sus obras, son brillantes manifestaciones de la escuela *verista*, que si bien no es la que cuenta con mayor número de fieles prosélitos, preciso es confesar que cuando se sabe estudiar y sentir la naturaleza, como Casas y Rusiñol la observan y admiran; cuando como ellos se fijan en el lienzo, sin esfuerzo, los colores de la paleta para reproducir brillantes tonos, frescura y vida, y se truecan en sentidos y poéticos asuntos triviales y fríos, debe admirarse la escuela que, en su realidad, alcanza belleza y atractivos.

Si estos dos artistas están unidos por los lazos que determina la escuela que ambos cultivan y la fraternal amistad que se profesan, participa de estos vínculos otro artista de talento, el escultor Enrique Clarassó, que en cierto modo los complementa, ya que así como al recordar á Rusiñol no es posible hacerlo sin unir á él la personalidad de Casas, no puede pensarse en su íntimo compañerismo sin formar una trilogía artística agregando á Clarassó, que persiguiendo en la escultura los mismos ideales que aquéllos en la pintura, modela alentado por un sentimiento delicado y produce esas obras juguetonas, finas, elegantes, en que se halla impresa la nota picaresca con la corrección del artista.

Para terminar citaremos una frase, que por haberla pronunnunciado una actriz eminente, Eleonora Duse, al examinar las obras reunidas de estos tres artistas en una de sus anteriores exposiciones, tiene valor por el concepto que revela:

«Mayor mérito es obtener bellezas de asuntos triviales por medio de finuras de color y exactitud de tonos, que producirla por la reunión misma de los que guarda la naturaleza.»

* * *

Para dos perdices... uno, cuadro de D. Salvador Viniegra. – Bien se echa de ver en su semblante satisfecho que no ha sido el protagonista de este cuadro de los que menos se han divertido en el baile que se dispone á abandonar; y las dos elegantes mascaritas que de bracero lleva demuestran que su satisfacción es justificada. En cambio el pobre japonés le mira con envidia y con su ademán parece echarle en cara su egoísmo y recordarle que el refrán dice: «para dos perdices, dos.» Mas harto se comprende que el afortunado no está dispuesto á compartir con nadie su buena suerte y que á la indicación del otro contesta con el propio refrán modificado «para dos perdices... uno.»

El autor de este cuadro, D. Salvador Viniegra, es uno de los pintores españoles que en menos tiempo han conquistado mayor nombradía. De él hemos hablado varias veces, y alguna con todo el detenimiento que se merece, en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA: prescindiremos, pues, de nuevos elogios que no podrían ser sino repetición de los muy justos y entusiastas que en otras ocasiones le hemos dedicado, y nos limitaremos á felicitar al autor de *La bendición de los campos*, por ese bellísimo lienzo, en el que se patentizan las excepcionales dotes de un artista de verdadero genio, manifestadas ya en tantas otras obras admiradas por propios y extraños y con empeño solicitadas por los más ilustres coleccionadores.

* * *

Instituto de 2.ª enseñanza y Escuela de Bellas Artes de la Coruña, fundada por D. Eusebio da Guarda. – A la liberalidad de D. Eusebio da Guarda debe la Coruña varias fundaciones y grandes beneficios, figurando entre ellos la fundación de un magnífico edificio destinado á Instituto de 2.ª enseñanza y Escuela de Bellas Artes, dotado con cuantos elementos exigen los modernos adelantos. La ciudad gallega ha sabido corresponder á los beneficios recibidos del que figura en el número de sus hijos más ilustres, erigiéndole una estatua de bronce, modelada por el escultor académico D. Elías Martín, frente al edificio del Instituto.

En uno de los números de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, correspondiente al año último, reprodujimos por medio del grabado la referida estatua, dando entonces mayores detalles acerca de las envidiables dotes que adornan al Sr. da Guarda y á la importancia y valía de sus donaciones.

HIERBA BUENA

NOVELA ORIGINAL POR BRET HARTE. – ILUSTRACIONES DE A. FORESTIER Y G. MONTBARD

(CONTINUACIÓN)

– La leyenda de estas ruinas, dijo Pablo, fijando una tierna mirada en los hermosos ojos de la joven y en el contorno ovalado de sus mejillas sonrosadas, tan próximas á las suyas en aquel momento, es por demás sencilla, aunque interesante. Escuche usted: cierto paje se enamoró de una hermosa doncella, cuyos hechizos fascinaban á cuantos los veían; amábala sinceramente, pero nunca se atrevió á pronunciar una sola sílaba que revelase su pasión. Desde lejanas tierras habíala seguido, adorándola siempre en silencio y acariciando, en su loca fantasía, las más doradas ilusiones. Cierto día, la encantadora beldad, que había adivinado el amor del paje, encontróle en un bosque y le condujo, á un castillo ó que tal parecía; le invitó á penetrar en el recinto, y ofreció mostrarle la realización de sus sueños. Pero ¡ah! cuando iba á traspasar el umbral de la gran puerta, la fortaleza se desplomó sobre el abismo profundo que le servía de foso, convirtiéndose en un montón de escombros, triste imagen de las esperanzas perdidas del enamorado paje.

Hierba se desvió un poco de su compañero, aunque sin dejar de apoyarse en la pared ruinosa, y fijó en él una mirada penetrante, cual si quisiera escudriñar el fondo de su corazón; mientras que Pablo estrechaba entre sus dos manos la de la joven, sin que ésta pareciese advertirlo.

– No es esa la historia, murmuró Hierba con débil acento; la verdadera se títula «Cuento de la pavera de Strudle Bad y del pavipollo travieso.» Erase una pavera de la llanura que conducía sus aves tranquilamente al mercado, cuando una de ellas, más atrevida... ¡Caballero Hathaway!... ¡Cómo se atreve!... ¡Por Dios, déjeme usted!

Pablo acababa de enlazar con su brazo el talle de la joven, y estrechando una de sus manos, rozó con los labios el suave cabello de Hierba, que por un supremo esfuerzo consiguió desasirse al fin.

– ¡Basta!, exclamó con expresión grave; no era necesario ilustrar la leyenda, ni yo podía imaginar que, abusando de mi inocente confianza, hubiese usted osado...

– ¡Pero, Hierba! ¿No ha comprendido aún que la adoro con pasión?

La joven estaba muy pálida, como si toda la sangre de sus venas hubiese refluído al corazón; desvióse más de Pablo, y con el látigo comenzó á sacudir el polvo adherido en su falda, manteniéndose en un obstinado silencio, como abismada en sus tristes reflexiones.

– Vamos, dijo al fin, vámonos de aquí.

– No, hasta que me haya escuchado.

– ¡Pues bien: le creo á usted!

– ¿Me cree usted?, repitió Pablo con expresión de ansiedad, tratando de coger otra vez la mano de la joven.

– Sí, contestó Hierba, dando un paso atrás; de lo contrario, no estaría aquí ahora. ¡Vamos, esto debe bastarle; y si quiere usted que siga creyendo, no me hable más de esto por ahora! Ya es tiempo de ir á buscar nuestros caballos.

Pablo fijó en la joven una mirada en que parecía revelarse toda la pasión que su alma sentía. Hierba estaba pálida, pero serena; siguióla silencioso, y al llegar á la pendiente ofreció su mano á la joven, que la aceptó sin manifestar emoción alguna. Hubiérase dicho que el recuerdo de la escena que acababa de tener lugar quedaba sepultado para siempre en el abismo que poco á poco perdían de vista.

Al poner el pie en la mano de su acompañante para saltar á la silla, la mirada de Hierba se cruzó con la de Pablo, pero límpida y serena, como si nada hubiera pasado.

Durante unos momentos los dos avanzaron silenciosos; Pablo parecía absorto en sus reflexiones, y su expresión melancólica no era ciertamente la del hombre que debe creer correspondido su amor.

Resentida la joven de aquella actitud, y por más que conociese la causa de ella, no dirigió á Pablo la palabra durante algún tiempo, y cuando al fin habló, no fué sino para reconvenirle.

– ¿Le parece á usted propio de un caballero galante que acompaña á una señora por primera vez, dijo, mostrarse tan taciturno, sin hablar una palabra, como si hubiésemos reñido? No creo que sea esto un aliciente para nuestras futuras excursiones. ¿Conservará usted esa expresión de tristeza hasta llegar al hotel, para que todo el mundo comprenda allí lo que siente en su interior y se permita hacer tal vez interpretaciones desfavorables para mí? Por lo menos, confío que no se presentará de este modo á los ojos de Matilde, pues mi amiga podría recordar que esta ha sido la *segunda* vez que hablamos á solas.

Había algo tan dulce y razonable en esta reconvención, que por más que las palabras de la joven no prometiesen nada para lo futuro y que Hierba las hubiese pronunciado con una sonrisa burlona, Pablo hizo un esfuerzo para recobrar su buen humor y consiguiólo al parecer.

Cuando al fin llegaron al patio del gran hotel, algo agitados por el galope de sus caballos, pero rebosando los dos juventud y con el rostro animado, Pablo comprendió que era objeto de envidia para todos los que allí estaban, y que muy pronto se hablaría de él en Strudle Bad por el mero hecho de haber acompañado á la hermosa americana, según la llamaban. Esto debía halagar su amor propio, y en aquel momento, solamente le desagradó ver dos personas que le miraban con más atención que las demás y que muy pronto desaparecieron, pero á las cuales volvió á encontrar pocos instantes después en el salón de Hierba.

Eran D. César y su hermana, que se apresuraron á felicitarle con los cumplidos de costumbre. Sin embargo, creyó notar en doña Ana cierto tono protector, y ésta le dirigió algunas palabras por las cuales podía creer que se le consideraba como un amante arrepentido. No sabiendo qué contestar y pareciéndole que hacía un papel ridículo á los ojos de Hierba, buscaba un pretexto para retirarse, cuando de pronto fijó su atención en un magnífico canastillo de flores que estaba sobre la mesa. En su centro veíase una pequeña tarjeta con el nombre sobrepuesto de una corona de barón. Hierba la había desviado del sitio donde se hallaba con marcada indiferencia, y por esto extrañó más los exagerados elogios que doña Ana hacía de las flores, invitándole á él particularmente á examinar el regalo y ensalzando el buen gusto del donador.

Todo esto parecía tan incongruente con los sentimientos de Pablo, y sobre todo con su recuerdo de la escena del bosque, que no pudiendo soportar su situación en aquel instante, se excusó de comer con los demás, alegando que tenía una cita con un oficial alemán, á quien había encontrado casualmente. Hierba no insistió para que se quedase, y hasta parecióle que le había complacido. El coronel Pendleton iba á llegar sin duda de un momento á otro, y Pablo no se hallaba en disposición de hacerle compañía. Estaba convencido de que los consejos del coronel no eran los más convenientes para su pupila y comenzaba á pensar que sus intereses eran antagónicos en cierto modo. No quería ser desleal con su antiguo amigo, pero pensaba que éste no le había hablado con franqueza después de su última visita á la casa del Rosario. ¿Había sucedido lo mismo con *ella*?

Pablo tuvo la suerte de encontrar á su amigo el oficial, y después de comer juntos en una de las mejores fondas, fueron al *Kursaal*, donde saboreando el moka trabaron animada conversación.

– A propósito, dijo el oficial, he sabido que usted es uno de los pretendientes de la hermosa americana, y según se dice, de los más afortunados.

Pablo, creyendo al pronto que su amigo se refería á la hermana de D. César, no supo qué contestar al pronto, y fijó en su interlocutor una mirada interrogadora.

– ¡Vamos!, dijo el oficial, con maliciosa sonrisa, soy más viejo que usted, y no puedo extrañarme que se enamore; mas á pesar de mis años, á fe mía que no hubiera podido acompañar á tan hermosa dama sin declararme su esclavo.

Muy á pesar suyo, Pablo se sonrojó como si le hubieran sorprendido en alguna falta.

– ¡Ah!, exclamó, ahora comprendo que habla usted de la señorita Argüelles. Es persona á quien conocí hace largo tiempo en mi país, en California.

– ¡De veras! No lo sabía, y por lo tanto pido á usted mil perdones si en algo le han resentido mis palabras.

– Nada de eso. ¿Ha oído usted hablar por ventura de la familia de ese nombre?, añadió Pablo, haciendo un desesperado esfuerzo para aparentar tranquilidad de espíritu.

– No; pero puedo asegurarle que el apellido Argüelles no es, en mi concepto, americano, y por lo tanto no acierto á explicarme por qué se ha dado á esa señorita el calificativo con que la distinguen, tanto más, cuanto que, según he oído decir, no parece mejicana en lo más mínimo.

Por un momento, Pablo pensó en lo desgraciada que había sido la elección de Hierba al tomar un nombre extranjero, que ahora parecía el más propio para suscitar comentarios y críticas que hubieran podido evitarse. No le era posible dar explicación alguna al oficial sin engañarle; esto repugnaba á su carácter, y sentía no haber cortado desde un principio la conversación sobre Hierba.

Por fortuna, su compañero no interpretó bien la causa de su confusión, y con amistosa franqueza esforzóse para halagarle.

– La hermosa compatriota de usted, dijo, es ahora objeto de curiosidad porque un estúpido barón se muestra muy asiduo en hacerle la corte, lo cual basta y sobra, amigo mío, para que esos animales murmuren, pues no comprenden lo que es la libertad de una hija de América, y creen tal vez que una heredera no tiene su dinero más que para pagar las trampas de un conde ó marqués, y que lo hará gustosa con tal de obtener un título nobiliario. Me agrada hablar con usted de esto, porque supongo está enterado del asunto, y cuando me digan alguna cosa sobre el particular, sabré qué responder. Mi palabra tiene aquí algún valor, y nadie pondrá en duda lo que yo diga. Sin embargo, para esto quisiera que me informase usted sobre quién es la hermosa dama, quiénes sus padres y sus parientes. Ya sé que sus principales amigos aquí se reducen á un coronel muy entrado en años, que siempre va con su criado negro, y unos colonos americanos, ó que tales parecen; pero esto no hace al caso. Dígame qué familia es la de esa señorita.

Con su aspecto bondadoso y su expresión de curiosidad, el oficial obligó en cierto modo á Pablo á darle detalles sobre el parentesco de Hierba, tal como ésta lo había forjado, apoyada por el coronel Pendleton; pero se extendió más particularmente sobre el misterio con que se hizo la escritura de depósito para asegurar los bienes de la heredera, creyendo desviar así la atención de su amigo del asunto del parentesco. El oficial, sin embargo, no entendía nada de tutores y curadores y pensó que se trataba de alguna institución.

– No estoy versado en asuntos de esta especie, dijo; pero seguramente el representante de Méjico en Berlín conocerá la familia Argüelles; de modo que sobre este punto no puede haber cuestión.

Pablo se sintió muy aliviado cuando llegó la hora de despedirse del oficial, y al fin se vió libre en la calle aspirando el aire fresco de la noche, lo cual bastó para hacerle olvidar aquella desagradable entrevista. Entonces, solamente pensó en su paseo con Hierba. Habíale dicho al fin que la amaba; ella lo sabía, y por más que le hubiese prohibido hablarle de su pasión, no le había rechazado.

Penetrada tal vez del misterio que rodeaba su nacimiento, resistíase á depositar en nadie formalmente su cariño, ó bien el convencimiento de que no podía legitimar su origen inducíale á rechazar su amor. Por lo demás, estaba seguro de que el corazón de Hierba se conservaba virgen; y hasta atrevióse á creer que siempre había inspirado verdadera simpatía á la joven heredera. Correspondíale, de consiguiente, remover todos los obstáculos, y aconsejarle que volviese con él á América después de aceptarle por esposo, el mejor guardián de su buen nombre y de su secreto.

Los dulces acordes de un piano, en el que una

experta mano tocaba un precioso vals alemán, hirieron de pronto su oído, recordándole el momento en que había enlazado con su brazo el talle de Hierba; y enardecido por este pensamiento, prometióse no vacilar más en su resolución.

¡No; conquistaría el amor de la hermosa heredera á todo trance, fueran cuales fuesen las consecuencias! En otro tiempo no le inspiraba más que simpatía, pero ésta se había convertido paulatinamente en otro sentimiento más poderoso, y ahora dominábale una verdadera pasión, y no se explicaba cómo pudo mostrarse antes tan indiferente á los encantos de Hierba. Sin duda había servido de juguete al coronel desde un principio, y arrepentíase sinceramente de haberle prometido no hablar á su pupila sobre su parentesco. ¡Sí; Hierba tenía motivos para dudar que él fuese capaz de hacerle feliz, puesto que después de encontrarla rodeada de necios adoradores, que con sus importunos obsequios daban pábulo á la maledicencia, habíase limitado á declarar su amor como un niño, sin ofrecer resueltamente su protección y su mano!

Fortuna fué para el coronel no encontrar aquella noche á su joven amigo cuando éste entró en su alojamiento.

Era ya muy tarde, pero aún se veía en la sala de Hierba mucha luz, cuyo resplandor llegaba hasta la ventana de Pablo, comprendida en el balcón corrido de aquella habitación; y de vez en cuando oíase murmullo de voces. Sin embargo, la hora le pareció demasiado intempestiva para aprovecharse de la invitación que antes se le hiciera, y por otra parte, el estado de su ánimo no se lo permitía. Hallábase poseído de una excitación nerviosa que alejaba el sueño de sus párpados, y sin encender la bujía, abrió la ventana que, como ya se ha dicho, correspondía al balcón corrido, sacó una silla y colocóse detrás de la cortina, entregándose allí á sus reflexiones, mientras contemplaba el estrellado firmamento.

Reinaba un silencio profundo; la luz de la luna iluminaba la plaza, produciendo fantásticos efectos de clarobscuro; de vez en cuando percibíanse claramente algunos sonidos, como por ejemplo, el rumor de pasos apresurados, el choque de un sable de caballería contra el empedrado de la calle, ó el lejano silbido de alguna locomotora. En medio de esta calma, Pablo oyó abrir la puerta del salón y rumor de voces, lo cual le indicó que los visitantes de Hierba se retiraban; pudo distinguir el acento de doña Ana, las palabras del coronel, las rápidas frases de Matilde, la voz de falsete de D. César y la más melodiosa de Hierba; después oyó el rumor de pasos que se alejan, y todo volvió á quedar de nuevo en silencio.

Y tan profunda era la calma, que las notas rítmicas del piano que antes le llamaran la atención llegaron hasta su oído tan distintamente que hubiera podido seguir el compás. Esto le hizo pensar en la casa del Rosario y en aquella ventana abierta por donde penetraba el embriagador perfume de los jazmines, y recordó también la dulce voz de Hierba al entrar en la galería. ¿Por qué consintió entonces en que aquella hermosa flor llevase su fragancia á otra parte? ¿Por qué?...

Pablo se interrumpió en sus reflexiones; acababa de oir que las puertas vidrieras del balcón inmediato rechinaban sobre sus goznes, y después percibió un ligero paso en aquél. Su corazón latió apresuradamente; desde el sitio en que se hallaba, vuelto de espaldas al tabique divisorio del salón, nada podía ver, y sin embargo, no se atrevía á moverse, pues con ese instinto peculiar de los amantes adivinó la presencia del ser adorado, y hasta creyó percibir las perfumadas emanaciones de su cabello y de su traje.

¡Era *ella*, que sin duda, como él, se entregaba á la contemplación del estrellado cielo ó á sus reflexiones; tal vez pensaría!...

Pablo se estremeció de pronto; en el salón de la mujer á quien tanto amaba había resonado en aquel instante una voz de hombre que hablaba con acento de cólera.

–¿Conque al fin ha sabido usted arreglar las cosas para librarse de mí, para echarme como un perro que ya estorba, sin decirme una palabra, ni dar las gracias, ni dejarme siquiera una esperanza? ¡Ah! Mi hermana y yo hemos servido á usted mientras nos necesitaba; mas ahora somos sin duda inútiles, y podemos retirarnos; cuando el zapato es viejo, lo mejor es arrojarle para quitar estorbos! Pero como usted ve, ya estoy aquí otra vez... y hablaré y se me escuchará.

«¡La voz de D. César!,... pensó Pablo. ¡Está solo con ella!»

–¡Deténgase usted, caballero, exclamó la voz de Hierba; deténgase donde está! ¿Con qué derecho se atreve á volver aquí?

–¡Cierre usted el balcón! Debo decirle cosas que sin duda no le conviene que nadie pueda oir.

–Prefiero permanecer donde estoy, puesto que acaba de entrar aquí como un ladrón.

–¡Yo ladrón!, exclamó el mejicano elevando la voz, como si ya no temiese que le oyeran y acercándose sin duda más á Hierba. ¡Yo ladrón! ¿Cree usted realmente que puede serlo D. César Briones? Yo no lo soy. Quien podría merecer semejante calificativo es ese espadachín, ese fanfarrón á quien llaman coronel Pendleton; y también ese presuntuoso Hathaway, y hasta la hermosa heredera de las Californias, la señorita *Argüelles*. ¡Esos son los ladrones! ¡Sí, porque han robado un nombre, el nombre de Argüelles!

Pablo se puso en pie.

–¡Muy bien! Ahora parece que se asombra usted, y la veo palidecer, y diríase que quisiera reducirme á polvo con su iracunda mirada; pero no crea que me he dejado engañar en estos tres últimos años. Sin duda imagina que no comprendí sus manejos en la casa del Rosario, desde que aquella necia señorita de Castro le comunicó la idea que después se propuso explotar. ¿Quién facilitó á usted los datos que necesitaba? Yo fuí, porque conozco perfectamente la genealogía de los Argüelles; y sin embargo, no se me ocultaba que era imposible que usted fuese hija de esa familia, como lo es también que llegue á ser esposa de ese solícito barón, á quien quisiera engañar como á los demás. ¡Ah, seguramente haría usted una gran conquista!

¿Por qué no contestaba Hierba? ¿Qué hacía? Si hubiese pronunciado una sola palabra de protesta, una sola frase que revelara su enojo, Pablo habría corrido á su lado. Seguramente no estaría paralizada por el miedo, pues hallándose abierto el balcón, érale fácil llegar hasta la extremidad, donde encontraría la ventana de Pablo.

–¿Y por qué hice esto?, continuó la voz. ¡Porque la amaba, señorita, y usted lo sabía muy bien! ¡Ah! Inútil es que vuelva la cabeza á otro lado, aparentando no entenderme, como lo ha hecho usted hace un momento. Ahora quisiera separarse de mí como si yo fuera un simple conocido; pero antes no sucedía esto. No; usted es quien me ha traído aquí, gracias á esos ojos que sonreían en los míos, y usted quien influyó con el coronel para que la acompañase con mi hermana. ¡Qué debilidad la mía! Sí, bien puede usted sonreirse; con su coronel bravucón y su encopetado gobernador cree haberme comprometido y estar á salvo de todo; pero se ha equivocado de medio á medio. ¡Sin duda pensaba usted que no osaría hablar claro á la favorita de un barón y que no tengo pruebas! ¡Cómo se ha engañado esta vez!

–Y aunque pueda usted aducirlas, ¿qué me importa á mí?, repuso Hierba inesperadamente con acento tranquilo, en el cual no se revelaba la menor excitación ni cólera. Supóngase que llegara á probar que yo no pertenezco á la familia de Argüelles; aun así, deberemos averiguar después si no sería un baldón estar emparentado con los de su raza.

–¡Ah, ahora se atreve á retarme! ¡Diantre, pues no me faltaba más! Ya que me desafía, escúcheme con atención, porque aún no lo sabe todo. Cuando usted creyó que yo le ayudaba á reunir datos para apoyar su derecho al apellido de Argüelles, ocupábame también en averiguar *quién era usted realmente*. ¡Ah! No fué tan difícil como usted lo esperaba, porque no todos éramos bestias y estúpidos en los primeros tiempos. Ese matón alquilado, ese respetable tutor, ese espadachín que lleva el título de coronel, fué quien primeramente dejó traslucir algo del secreto, por haber dado una estocada á su adversario en un duelo, después de un espantoso escándalo. Una pobre mujer que había estado á mi servicio, y que entró después como criada en el convento, cuando usted era una niña, reconoció á la dama que la llevó allí y que iba á verla como simple amiga. Oyó decir á la superiora que aquella dama era su madre, y cierto día vió un collar que ésta dejó para usted. ¡Ah, ya veo que comienza á prestarme más atención! Por entonces no pude relacionar estos hechos, ni tampoco reconocer en usted á la niña de que se trataba; pero usted misma dió la prueba con el collar que llevaba el día en que se la invitó á comer en la casa del Rosario. Este collar era regalo de su madre, y usted misma lo dijo así. Aquella misma noche encargué á mi antigua criada que procurase averiguar si la joya en cuestión era la misma; la mujer espió á usted desde el jardín cuando se la ponía; y más tarde, al ver que la dejaba sobre la mesa cuando cambió de traje, pudo examinarla mejor. Entonces me aseguró que era la misma que en el convento dejó la madre de usted. ¿Y quién era esa mujer? ¿Quién era la madre de la señorita Argüelles de la Hierba Buena? ¿Quién esa *noble* antecesora que?...

–Dispénseme usted, dijo una voz detrás de don César; tal vez no eche de ver que está levantando el grito en el salón de una señora, y que por más que se exprese en un lenguaje desconocido aquí, comienza á molestar á cuantos se hospedan en el hotel.

Era Pablo, tranquilo, pálido y de pie delante del balcón, iluminado en aquel momento por la luz de la luna.

Y como Hierba retrocediera rápidamente hasta el centro de la estancia, D. César se adelantó con expresión de cólera y recelo para cerrar las puertas vidrieras; mas en el momento en que alargaba la mano para cruzar la aldaba, sintióse cogido como por una mano de hierro y á pesar suyo arrastrado hasta el balcón.

Y antes de que pudiera proferir un grito, Pablo le sujetó el cuello con un brazo, sin dejarle apenas respirar, y por un supremo esfuerzo hízole entrar á través de la ventana abierta, cayendo con él dentro de su propia habitación.

En el mismo instante, oyó con indecible placer que el balcón de la sala de Hierba se cerraba, y poniéndose en pie, miró al mejicano con expresión tranquila y triunfante.

–Mucho siento, díjole, sacudiendo fríamente el polvo de su ropa, haberme visto obligado á cambiar el lugar de la escena de una manera tan brusca; pero advierto á usted que aquí puede hablar con más libertad, y que cualquiera altercado entre nosotros no dará origen á tantos comentarios.

–¡Asesino!, gritó D. César, sofocado por la cólera y poniéndose á su vez en pie.

–Mil gracias. Desahóguese usted aquí tanto como quiera; y á decir verdad, hasta me complacería que hablase más alto. Los huéspedes comienzan á despertarse sin duda, pues oigo ruido de una puerta que se abre y rumor de pasos en el corredor, y ahora podremos simplificar la cuestión.

El mejicano comprendió al parecer el sentido de estas palabras.

–¿Usted cree, contestó con maligna sonrisa y esforzándose para imitar la frialdad de Pablo, que con esto se salvará su protegida? Por lo pronto sí, mientras se halle en el hotel y durante esta noche; ¡pero nadie impedirá el uso de mi lengua mañana, y podré hablar á todo el mundo, caballero!

–Muy bien, repuso Pablo, mirando á D. César con expresión irónica; yo no tengo nada que ver con esto, pues ante todo debemos hablar los dos en otro sitio. Ciertamente que las probabilidades son iguales, y lo mismo podrá usted matarme á mí que yo á usted; pero en fin, esta cuestión se ventilará mañana.

El mejicano dirigió una rápida mirada á la puerta y á la ventana. Pablo pasó disimuladamente de un bolsillo á otro la llave que guardaba, y colocóse delante de la ventana.

–¡Conque esto es una trama para asesinarme!, gritó el mejicano. ¡Cuidado, caballero, porque aquí no está usted en su país, en esa tierra de bandidos que llaman California!

–Si cree usted que de asesinarle se trata, puede gritar cuanto guste. Vendrá gente, nos encontrarán riñendo, y no conseguirá usted más que precipitar las cosas, recibiendo públicamente el insulto que le obligará á batirse.

–Estoy dispuesto, caballero, repuso el mejicano con aire decidido, aunque mirando furtivamente á su alrededor; mas por lo pronto, abra usted la puerta.

–Dispénseme usted; saldremos de esta habitación juntos dentro de una hora para ir á la estación. El tren expreso nos conducirá en tres horas á la frontera, y allí será fácil encontrar padrinos.

–Pero... ¿y mis asuntos aquí... mi hermana?... Necesito verla antes.

–Puede usted escribirle, diciendo que un asunto importante le ha obligado á marchar precipitadamente; ahí tiene usted papel y plumas. Dejaremos la esquela al portero para que la entregue *por la mañana*. Por lo demás, podrá decir á su señora hermana todo cuanto guste; esto no me importa, pero sí que no lea el escrito hasta que nos hallemos fuera.

–¿Es decir, que soy su prisionero?

–No, nada más que un visitante, D. César; una persona cuya conversación me interesa tanto, que no he podido menos de insistir para que la prolongase. Puede usted pasar el tiempo agradablemente, acabando de referirme la historia que debí interrumpir hace un momento. ¿Conoce usted á la madre de la señorita Hierba?

–Esto es asunto mío.

–Quiere decir que no sabe usted quién es; de lo contrario, habría citado su nombre; y como solamente esa señora podría decirnos que la señorita Hierba no lleva el apellido de Argüelles, ha sido usted muy imprudente.

(Continuará)



Estaba sentada en un canapé con las manos cruzadas detrás de la cabeza (pág. 91)

SECCIÓN CIENTÍFICA

ARMANDO DE QUATREFAGES

La ciencia ha experimentado una dolorosa pérdida con la muerte, acaecida recientemente, de Armando de Quatrefages. El nombre de este célebre naturalista, cuyas investigaciones habrán contribuído á tantos progresos, ha brillado durante casi todo el presente siglo.



ARMANDO DE QUATREFAGES, eminente naturalista francés
Nació en Valleraugue (Gard) en 10 de febrero de 1810; falleció en París en 12 de enero del presente año. (De una fotografía.)

M. de Quatrefages nació en Berthezene, cerca de Valleraugue (Gard), en 10 de febrero de 1810: la muerte le ha arrebatado casi repentinamente á sus trabajos en 12 de enero del presente año, en el Museo de Historia natural de París, donde habitaba. Los años no habían amortiguado la actividad del ilustre sabio que, quince días antes de morir, aún tomaba parte con gran vigor y energía en una sesión de la Academia de Ciencias.

Considerando lo mucho que este hombre ha hecho por la ciencia, hay que reconocer que pocas carreras se presentan tan brillantes como la suya. Entusiasta del trabajo y apasionado por la observación de la naturaleza, preparóse desde su juventud para los más sólidos estudios. A la edad de veinte años, casi al salir del colegio, Quatrefages, que se había dirigido á Estrasburgo para consagrarse á la Medicina, fué recibido doctor en Ciencias matemáticas; dos años después se doctoraba en Medicina y era nombrado preparador de Química en la Facultad de Estrasburgo, y en 1840 recibía el diploma de doctor en Ciencias naturales. Había, pues, en el espíritu de esa inteligencia privilegiada el germen de tres sabios: el matemático, el médico y el naturalista. El médico prevaleció al principio, pues el joven doctor ejerció en Tolosa la Medicina durante diez años, sin dejar por esto de consagrarse seriamente al estudio de las ciencias naturales.

A fines de 1838, Quatrefages, que había llamado la atención, así por sus méritos personales como por sus memorias publicadas en revistas científicas, fué nombrado catedrático de Zoología en la Facultad de Tolosa; pero no tardó en establecerse en París, que tanto atractivo tenía para el joven naturalista y en donde encontró en Milne Edwards un protector benévolo y un verdadero amigo.

A partir de entonces dióse á conocer Quatrefages como zoólogo; emprendió viajes de exploración científica, recorrió las costas del Mediodía de Francia y de Sicilia y del Norte de España y descubrió especies y tipos nuevos que describió en publicaciones que adquirieron y tienen aún gran celebridad.

Después de la Zoología, la Embriogenia y la Teratología debieron muy luego grandes progresos al naturalista cuyo nombre no tardó en ponerse á la altura del de los grandes sabios de su época.

En 1850 Quatrefages fué nombrado profesor de Historia natural en el Liceo Napoleón, y en 1852 la Academia de Ciencias le abrió sus puertas después de la muerte de Savigny, á quien sustituyó. Finalmente, en agosto de 1855 pasó á la cátedra de Antropología en el Museo de Historia natural de París, desde la cual, en el transcurso de los años, debía contribuir tan poderosamente á los progresos de la ciencia á cuya enseñanza iba á consagrarse, que bien puede considerársele como fundador de la misma. La Antropología, que se relaciona con los más trascendentales problemas y que debe interesar á cuantos de la historia de la humanidad se preocupan, ha tenido su más ilustre maestro en el creador de la cátedra del Museo y de las colecciones de ella dependientes.

M. de Quatrefages á su extraordinario talento y á su enérgica convicción unía una gran elocuencia. Ha formado gran número de discípulos, escrito muchas y variadas memorias y publicado una serie de artículos en revistas y otras publicaciones científicas; á él debemos los bellísimos *Recuerdos de un naturalista* y la notable *Historia de las razas humanas*, amén de una multitud de trabajos que es imposible enumerar; debiendo, empero, mencionar especialmente su curiosa obra *La raza prusiana*, en la que el etnógrafo demuestra que la nación prusiana no es alemana, sino que ha recibido de Alemania únicamente el idioma. Por sus costumbres, por sus ideas y por su carácter la raza prusiana se ha conservado distinta de la alemana, lo cual hace que sea lícito considerar á Alemania como vasalla de Prusia. El alemán, según el autor de ese libro, ha sido siempre dominado; actualmente lo es por la raza prusiana.

M. de Quatrefages casó con una alsaciana, que fué su digna compañera durante una parte de su existencia. Ningún corazón francés se sentía más dolorido que el suyo al recuerdo de las provincias perdidas, pues consideraba la Alsacia como una segunda patria. En los dos sitios de París, el valeroso patriota permaneció en el Museo, dispuesto á todo para defender sus queridas colecciones. Los desastres de Francia le causaron dolor hondísimo; su herida jamás se cicatrizó por completo, y era tan profunda que á pesar de los recuerdos que á la Alsacia le unían no quiso volver á visitar ese territorio.

La extensión de sus investigaciones en todos los dominios de la ciencia había valido á M. de Quatrefages los mayores honores: era miembro de la Academia de Ciencias, de la Sociedad nacional de Agricultura de Francia, de la Sociedad real de Londres, de la Sociedad imperial de Naturalistas de Moscou y comendador de la Legión de Honor.

Los múltiples trabajos del célebre naturalista no le impidieron nunca consagrar, en cualquier tiempo y en cualesquiera circunstancias, todos sus esfuerzos y todas sus facultades al bien de la ciencia. Era presidente de la Sociedad de geografía y concedía capital importancia á los progresos de la exploración del globo y á los nuevos conocimientos y enseñanzas que de ella obtiene la civilización. Dirigía las sociedades científicas, tomaba parte en las Exposiciones universales y en los congresos científicos, y se le veía en todas partes donde pudiera estimular al estudio y ayudar con su solicitud y sus consejos á la juventud laboriosa.

M. de Quatrefages habrá sido una de las más hermosas figuras de nuestro tiempo: era de carácter digno y noble, afable y benévolo, distinguido y cortés. Como dijo M. Milne-Edwards el día de su entierro, «había heredado de sus padres la rectitud y la lealtad, un gran desinterés y una sencillez de costumbres que cada día abunda menos.» Cuantos le conocían apreciaban en todo su valor la elevación de sus ideas, la indulgencia de sus juicios y la bondad que á todos seducía. Durante su carrera hubo de sostener luchas científicas con algunos de los grandes hombres de nuestro siglo, como Agassiz y Darwin; pero sus mismos adversarios sentían por él la estimación que sus convicciones merecían: el gran filósofo inglés decía que prefería la crítica de Quatrefages á la alabanza de muchos otros. ¡Hermoso elogio en boca de un Darwin! El profesor de Antropología del Museo había, en efecto, defendido siempre la teoría de la unidad de la especie humana; era un espiritualista que basaba sus opiniones sobre las razones más elevadas.

M. de Quatrefages sentía el mayor respeto por la verdad. En cierta reunión celebrada en honor suyo hacíase la apología de su obra: «De estos elogios, contestó el sabio naturalista, hay uno que acepto sin restricción porque tengo el convencimiento de que lo he merecido, tal es el haber siempre amado con pasión la verdad y haberla constantemente buscado por la vía científica, es decir, guiándome solamente por la experiencia y la observación.»

Para terminar, recordaremos esa bellísima frase del sabio, que era á la vez pensador y filósofo: «La ciencia debe ensanchar las inteligencias y aproximar los espíritus y los corazones.» Fiel á esta noble divisa, M. de Quatrefages estuvo dispuesto á sacrificarlo todo siempre que se trataba de defender lo que él creía bueno y verdadero.

GASTÓN TISSANDIER

***

FÍSICA RECREATIVA

EL BLANCO HUMANO

Conocido es el ejercicio de los cuchillos que con tanta destreza ejecutan los titiriteros japoneses. Muchos han querido imitarlo; pero como la habilidad de aquéllos no está al alcance de todo el mundo, M. Voisin inventó el siguiente artificio para uso de los prestidigitadores.



Ejercicio japonés de los cuchillos, ejecutado por medio de un aparato de prestidigitación.
2. Detalle del mecanismo que hace salir el cuchillo

La tabla que para él se emplea es una pieza de

ebanistería que contiene un complicado mecanismo: en ella, el sitio que ha de ocupar la persona que sirva de blanco está cuidadosamente señalado, y los cuchillos que, uno tras otro, se han de clavar alrededor del mismo están contenidos en la tabla que, á primera vista y mirada desde corta distancia, no parece estar preparada. Cada cuchillo tiene la punta fijada en un eje y está gobernado por un resorte oculto en la tabla por una especie de ventana de doble postigo perfectamente ajustado que, en el momento que se quiere, se abre, deja salir el cuchillo y se cierra inmediatamente. El número 2 de nuestro grabado representa la ventana en el momento de abrirse para dejar caer el cuchillo que aparecerá clavado en el empeine. En cada ventana, los ángulos que se encuentran están escotados por abajo ó por arriba, según que el cuchillo haya de caer ó levantarse, para dejar sitio á la hoja cuando los postigos están cerrados; antes de salir el cuchillo, aquella escotadura se disimula con cera del color de la tabla. En el grabado (n.° 2) la escotadura está en la parte inferior. Como es natural, estos cuchillos están colocados en la tabla de manera que al salir no tropiecen con el cuerpo del paciente: cada uno de ellos con su puerta forma un aparato distinto, puesto en acción por un vástago que va á parar al borde de la tabla en el sitio mismo en que el paciente, puestos los brazos en cruz, coloca los dedos, los cuales apoyándose en los vástagos como en las teclas de un piano, hacen salir sucesivamente los cuchillos. El ruido del resorte y la aparición brusca del cuchillo combinada con el movimiento del que lo arroja producen una ilusión completa. Los cuchillos pueden ser fácilmente separados del eje que les retiene cuando después de la operación el que ha arrojado las armas finge arrancarlos de la madera en que se han clavado.

A fin de que desaparezcan los cuchillos arrojados, la tabla se coloca á un lado de la escena cerca de los bastidores, pudiendo la operación ejecutarse de dos modos: ó bien arrojando el tirador el cuchillo en los bastidores que tiene detrás, mientras balancea el brazo como para darle impulso y avanza el cuerpo, con lo cual el público no nota lo desaparición; ó bien (y este procedimiento es mejor, pues con el primero el espectador no ve pasar por la escena la hoja del cuchillo) lanzando realmente el cuchillo, pero haciéndolo pasar por el lado de la tabla de modo que vaya á caer entre los bastidores, donde el ruido de la caída está amortiguado por una gruesa alfombra. El paciente es quien, en ambos casos, debe apretar el resorte en el momento preciso para que el ruido que produce pueda ser confundido por los espectadores con el de un cuchillo que se clava.

Este ejercicio bien ejecutado es de gran efecto, y á menudo ha engañado á los espectadores más perspicaces, con tanta más facilidad cuanto que muchos de aquéllos habían visto á los verdaderos creadores operar en medio de un circo donde era imposible disimular el cuchillo, puesto que los ojos de los espectadores podían seguirlo en el trayecto desde la mano del tirador hasta la tabla donde se clavaba.

EL PRESTIDIGITADOR ALBER

(De *La Nature*)

INSTITUTO DE 2.ª ENSEÑANZA Y ESCUELA DE BELLAS ARTES DE LA CORUÑA, fundado por D. Eusebio da Guarda

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XI — Barcelona 29 de febrero de 1892 — Núm. 531

LA EQUITATIVA DE LOS ESTADOS UNIDOS



Nueva York, Palacio y domicilio social de LA EQUITATIVA - 120, Broadway

En el número 485, correspondiente al 13 de Abril del año próximo pasado, publicamos el grabado del Palacio de aquella Sociedad en Madrid y reproducimos en éste el de la Oficina Central de dicha Compañía aseguradora, creyendo que prestan carácter de oportunidad á esta inserción los cablegramas de Nueva-York anticipando las asombrosas cifras del balance de 1892, que han hecho que la atención se fije una vez más en los éxitos alcanzados por aquella poderosa Sociedad.

Constituyendo la prensa una parte de la opinión pública, parécenos acertado, para conocer el juicio que en España existe acerca de *La Equitativa*, reproducir algunos párrafos de los trabajos que varias revistas de Barcelona y Madrid han dedicado á este asunto, que indudablemente interesa á muchos de los lectores de La Ilustración Artística.

LOS SEGUROS

Barcelona 16 de Diciembre de 1891

REVISTA QUINCENAL
LOS BALANCES DE LAS COMPAÑÍAS DE SEGUROS
La Equitativa

«El estudio del último balance de esa empresa va á revelarnos hasta qué punto es fundada la

aceptación que obtiene. Entremos ya en él. Su examen no nos será difícil ni obligará á conjeturas y á supuestos. A simple vista presenta una clara concisión que le recomienda y enaltece, concisión quintaesenciada y resultado de resúmenes minuciosamente comprobados. Conviene á este propósito tener en cuenta lo determinado por las leyes americanas, con respecto á la publicación de balances. La ley del Estado de New-York relativa á este punto, y promulgada en 1853, en beneficio de los tenedores de pólizas, contiene disposiciones relativas á la formación de balances que han de ajustarse á los modelos que determina el Estado, previniéndose, además, la comprobación oficial de las operaciones de las Compañías cada cinco años al menos. Estas reglas establecidas por aquella ley son garantía indudable para el público y facilitan el extracto de las múltiples operaciones de las Compañías, comprobadas de antemano por el examen anual del Superintendente de seguros.

Un activo de más de *ciento diez y nueve millones de pesos*, contra un pasivo de *noventa y cinco millones y medio*, esto es, un sobrante de VEINTICUATRO MILLONES DE DUROS: he aquí el resultado último de las cifras anteriores. Para considerar la potencia industrial de *La Equitativa* no es necesario más: Compañía que en menos de medio siglo llega á condensar su historia en esas tres partidas colosales, tiene explicados el favor que logra, el crédito que merece, la confianza que consigue, y también, también la celosa rivalidad de que es objeto.

Y ¡qué *activo* el de la empresa norte-americana! De las siete cantidades que lo constituyen, en solo una, la más pequeña, pudiera detenerse la desconfianza, exagerando temores y llevando al límite las suspicacias. Proporcionalmente repartido, aunque dando á los valores bursátiles la preferencia de que son dignos por su fácil enajenación y su interés crecido, puédese decir que en él toda triste contingencia se ha evitado y toda posible pérdida garantido. Los fondos públicos representan en el activo de *La Equitativa* dos quintas partes del capital social; más de una las propiedades, y el resto el efectivo, los préstamos y las hipotecas. Suponiendo la improbabilidad de un daño en la apreciación de aquellos fondos, su inmediata realización, aún con pérdida sensible, no quebrantaría en lo más mínimo la seguridad de una Compañía que cuenta con un sobrante casi igual á la cuarta parte de sus obligaciones todas. Si á esto se agrega que de las comprobaciones á que fueron sometidas las cuentas de esa Sociedad, resultó que la apreciación de cuanto constituye el activo es exacta, hay que confesar que tiene bien ganada la empresa de Nueva-York la fama universal de que goza.»

«No menos digno de aplauso, y aun de admirada sorpresa, es el *pasivo* presentado. A nuestro entender no está su mérito en lo que dice, sino en lo que omite y en lo que en él no aparece, como notabilísimo contraste de lo que es corriente en la mayor parte ó casi en la unanimidad de las Compañías de seguros sobre la vida. Aquella partida que, con bochornosa estereotipia, presenta el haber de la mayoría de las Sociedades aseguradoras para retraimiento de confianzas y vacilación de entusiasmos; aquella cuenta fatal de *Siniestros por liquidar* ó de *Reclamaciones pendientes* ó de *Siniestros en tramitación*, no aparece en el balance de *La Equitativa*, cerrado al 31 de Diciembre anterior, con la declaración honrosísima, oficialmente hecha por el Departamento de seguros del Estado de Nueva-York, de no tener en aquel día dicha Sociedad, UNA SOLA RECLAMACIÓN PENDIENTE. Excepción tan notable y suceso tan extraño bastan para colocar en primera línea á la empresa americana y para justificar la confianza plena y absoluta del público.»

«Lo sorprendente en ella es su organización acabadísima, que la permite llevar sus operaciones á todo el mundo sin perjuicio de la unidad del negocio, y lo más sorprendente es todavía la virtud de adaptación que posee y que la hace, sin renegar de su origen, española en España, francesa en Francia, y en cualquier nación indígena más que exótica. Quizás sea un error en nosotros, pero creemos que á esa virtud debe principalmente su éxito la Compañía norte-americana. Apenas instalada en un nuevo país, busca en él los elementos que allí han de desarrollarla, y apenas arraigada allí cuida de nacionalizar su nombre, nacionalizando garantías ciertas de su estabilidad y perenne domicilio. ¿Hace ninguna otra empresa otro tanto? Pues no es extraño que mientras las demás viven raquítica y miserablemente, se arraigue y se extienda donde quiera *La Equitativa*. Y no se revela en solo esto la perspicacia de ella, sino en la elección de los hombres á quienes ha de fiar sus negocios y en quienes busca la respetabilidad del nombre, la experiencia comercial, las más salientes dotes sociales, lo indiscutible de una honrada historia y lo evidente de una inteligencia superior. La grandeza del seguro y lo inmenso de una empresa no deben de entregarse á medianías ó á nulidades. Por entenderlo así, *La Equitativa* ha ido adelante.»

EL DEFENSOR DEL ASEGURADO

Barcelona 10 de Mayo de 1891

LA EQUITATIVA DE LOS ESTADOS UNIDOS

«Puede *La Equitativa* por la amplitud de sus operaciones considerarse como una empresa universal, y este título exigía, á la verdad, de ella universales garantías. La Compañía que ha llevado su representación á todo el orbe, debía, para mostrar su seriedad, nacionalizar donde quiera su solvencia, y esto ha hecho aquella empresa. Las exigencias de su negocio pueden exigir una concentración relativa del activo allí donde la dirección principal radique, pero esa concentración no debe ser absoluta si la confianza pública ha de seguir los pasos de una empresa que no quiere aparecer como transhumante acaparadora de negocios, y no ha de ser tampoco absoluta si se aspira á alcanzar para el capital de la Compañía una seguridad múltiple, mediante la divisibilidad conveniente. Hé aquí el secreto de esos palacios admirables, de esos edificios soberbios que por todo Europa va alzando *La Equitativa* como muda contestación á sus rivales detractores. Un agente y un despacho bastan á la mayoría de las Compañías de Seguros sobre la vida para sus operaciones en extranjeros países: para *La Equitativa* no basta eso. Al personal idóneo, al nombre conocido, á la fama general quiere unir y une la garantía de un domicilio estable y de una propiedad costosa. Hace bien por lo que así afianza su poderoso activo, sobreponiéndolo al albur de una depreciación general que en la propiedad ó en las rentas pudiera sufrir una nación determinada, por grande y respetable que ella sea.»

»Supongamos, sino, un conflícto entre dos paises cualesquiera. ¿Podrá negarse que de él no han de producirse crísis en el crédito? ¿Que garantía cierta otrecerán entonces las empresas, cuyos valores estén circunscritos en uno de aquellos países? Descenderán los valores públicos y descenderán las rentas y descenderá la propiedad particular. Lo que antes parecía activo saneado y brillante, ¿á que términos de reducción no se verá amenazado? Pero universalicemos, si cabe esta frase, un activo y no será preciso menos de un conflicto universal para que pueda temerse una ruina violenta ó una liquidación forzada. Así, lo que antes era garantía especial de determinados contratantes, se trueca por las circunstancias en garantía de todos y en salvaguardia de la misma empresa que, al universalizar su activo, aguzó su previsión en beneficio de todos.»

«*La Equitativa* podría hoy saldar sus operaciones, si eso fuera imaginable, quedando un beneficio de más de 23 millones. ¿Puede discutirse siquiera éxito semejante?»

EL ECONOMISTA

Madrid 23 de Enero de 1892

LA EQUITATIVA EN 1891

«Un telegrama de New-York nos comunica las cifras principales del balance de fin de año de esta Sociedad de seguros, que tantos negocios hace en España. Comparándolas con las del año anterior, ofrecen los resultados siguientes:

	1890 *Millones de pesos*	1891 *Millones de pesos*	AUMENTO *Millones de pesos*
Nuevos seguros	203	230	27
Seguros en vigor . . .	720	800	80
Activo.	119	135	16
Sobrante.	23	26	3

No tienen igual estas sumas en ninguna Sociedad de seguros del mundo, y son tan asombrosas que superan en mucho á las que realizan todas las Compañías reunidas de las más ricas é importantes naciones de Europa.»

«Según los datos que publica la *Review*, de Londres, el término medio anual de los seguros que en cada año hacen las Compañías inglesas oscila entre 35 y 40 millones de libras esterlinas. A esta última cifra pocas veces llegan.

Cuarenta millones de esterlinas equivalen próximamente á 200 millones de pesos ó dollars. Supera *La Equitativa* en producción anual á todas las Compañías inglesas en 30 millones de pesos. Hay que advertir que en Inglaterra funcionan Compañías nacionales muy poderosas y muy acreditadas, que Inglaterra es un pueblo riquísimo y que puede considerarse como la cuna del seguro.»

«El *Moniteur des Assurances* inserta en sus últimos números los balances reunidos de las diez y siete Compañías francesas.

Los seguros vigentes en fin de 1890 ascendían en junto á 3.194.026.230 francos. Los de *La Equitativa* actualmente pasan de 4.000 millones.»

«En el núm. 18 de la *National Oekonom* publica esta célebre revista la cuenta en conjunto de las diez y ocho Compañías austriacas de seguros sobre la vida en 1890.

Supera *La Equitativa* á estas diez y ocho Sociedades en 490 millones de pesos en los seguros en vigor y en 183 millones en la producción anual.»

«Para Prusia dan los *Jahrhücher für Nationaleekonomie* una suma de seguros en vigor para todas las Compañías nacionales de 793.474.452 marcos, equivalentes á 196.368.433 dollars. Más seguros en vigor en *La Equitativa*, 704.000.000.»

«Con ser importantes estas comparaciones y estas cifras, que ponen de manifiesto la popularidad de esta Compañía, todavía lo es más la que representa la *sobrante*, ó sea la diferencia entre el activo y el pasivo ó entre las garantías y las obligaciones.

El aumento de esta partida demuestra que la solidez y firmeza de *La Equitativa* es mayor de año en año, y que las garantías sociales crecen todavía con mayor rapidez que los negocios, lo cual es señal inequívoca de su buena y segura marcha.»

Puede servir de brillante terminación á este artículo la noticia que ha divulgado la prensa acerca del número de negocios con que *La Equitativa* ha dado principio á las operaciones de este año. En el primer día hábil se recibieron en la Oficina Central de Nueva-York solicitudes por un capital de 5.009.250 pesos y al día siguiente por 3.000.000, cuyas cifras son las mayores que registra la historia de la Sociedad como producción de un solo día.

(*Véase el núm. 529*)

CUATRO HOMBRES Y UN CABO, *por Apeles Mestres*



10. Llega la noche le toca estar de centinela al raso al individuo López.



11. En tanto que sus coindividuos encerrados en el cuerpo de guardia duermen el sueño del justo al amor de la lumbre.

(*Continúa en la pág. IV*)

(Véase la pág. III)

CUATRO HOMBRES Y UN CABO, *por Apeles Mestres*



12. A las dos horas ¡oh dolor! cuando el cabo Rodríguez sale para relevar al centinela encuentra al infeliz López muerto de frío.

13. Dos de sus compañeros conducen el aterido cadáver al cuerpo de guardia.

14. dejándole en depósito en el cuarto superior.

(Continuará)

 Establecimiento Tipográfico «La Academia,» Ronda de la Universidad, 6 / Barcelona 